

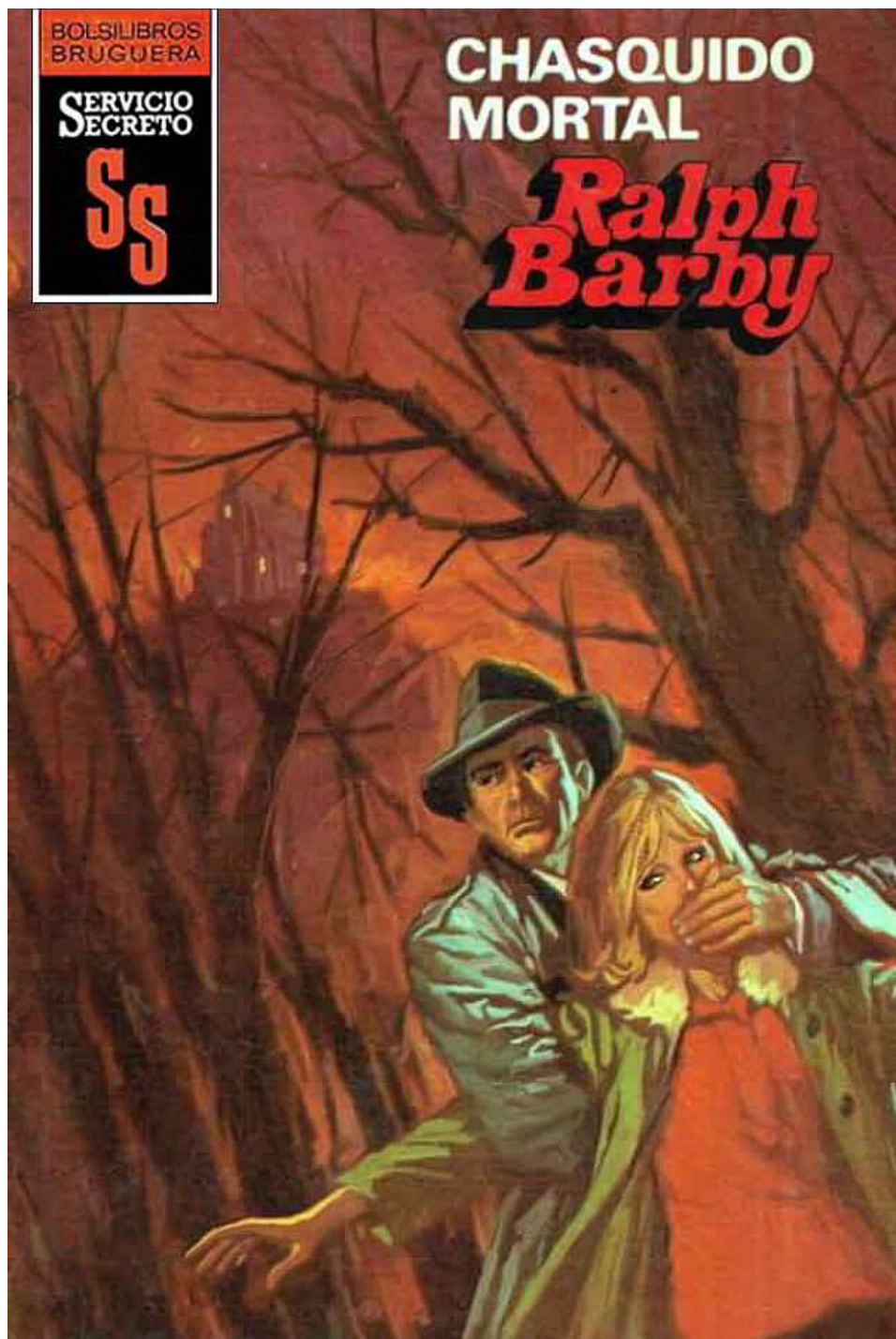
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

CHASQUIDO
MORTAL

***Ralph
Barby***



Estaba delante de mí, a poco más de una docena de pasos. No era alto y sí cuellicorto. Tenía ojos de cazador y tanta abundancia de pelo que hacía sospechar que fuera falso. La mandíbula caída semejaba querer taparle la corbata.

Sonreía, sí, sonreía en todo momento. Era una sonrisa permanente que parecía conseguida a base de cirugía estética.

—¿Qué va a tomar?

No hice caso de la pregunta del mozo que estaba tras el mostrador. El club no tenía mucha clientela en aquellos momentos, casi la mitad de las mesas estaban vacías.



Ralph Barby

Chasquido mortal

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1685

ePub r1.1

Lds 24.02.19

Título original: *Chasquido mortal*

Ralph Barby, 1982

Cubierta: Bernal

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba delante de mí, a poco más de una docena de pasos. No era alto y sí cuellicorto. Tenía ojos de cazador y tanta abundancia de pelo que hacía sospechar que fuera falso. La mandíbula caída semejaba querer taparle la corbata.

Sonreía, sí, sonreía en todo momento. Era una sonrisa permanente que parecía conseguida a base de cirugía estética.

—¿Qué va a tomar?

No hice caso de la pregunta del mozo que estaba tras el mostrador. El club no tenía mucha clientela en aquellos momentos, casi la mitad de las mesas estaban vacías.

Siete u ocho parejas escogían los rincones más oscuros y los hombres que habían acudido solos estaban bien atendidos por el plantel de chicas «gancho» reclutadas para el alterne, mujeres que empezaban creyendo que obtendrían un sitio en el mundo del espectáculo y terminaban en el mundo de la prostitución y la droga, pasando por el alcoholismo, una carrera pendiente abajo de la que muy pocas escapaban.

Naturalmente, los tipos como Fish se llevaban una gran tajada de la miseria de aquellas mujeres que tenían más vacíos sus bolsillos bancarios de lo que cabía deducir por sus vestidos, peinados o maquillajes.

—Hola, Fish —le interpelé.

Se volvió hacia mí. Sus ojos destacaron más en su rostro, el blanco parecía más blanco y el azul de sus pupilas, oscureció. Era como si, de pronto, me hubiera convertido en su enemigo.

—¿Nos conocemos?

No había dejado de sonreír, mostrando sus dientes bien alineados, tan alineados que parecían artificiales.

—Quiero saludar a un común amigo y no sé si anda por aquí — le dije con cierta displicencia mientras encendía un pitillo que acababa de ponerme entre los dientes.

Fish no era ningún novato en el mundo de la noche. Por un instante estuvo a punto de largarse y dejarme allí, a merced de las hembras que ya tenían sus ojos pintados fijos en mí, en mi espalda y en mis pantalones. No es que yo fuera ningún Apolo, pero sabía que tenía cierto «gancho» entre las mujeres. Fish debió pensarlo un instante y se acodó en el mostrador.

—¿Qué vendes?

Hizo la pregunta entre dientes, como si me escupiera.

—Mala leche —respondí.

—Pues de eso ya tengo en cantidad.

—Lo supongo, por la cara que tienes.

—Te estás pasando de gracioso. ¿Quién eres?

Me hizo la pregunta al darse cuenta de mi frialdad, de la seguridad que le demostraba, de la nula importancia que daba a que él, en su local, pudiera tener unos matones de oficio acostumbrados a dar sonoras bofetadas en público y malignos puntapiés en privado.

—Me llamo R. X.

—¿Y eso qué es, el anagrama de una marca de papel higiénico?

—Bueno, creo que ya nos hemos soltado unos cuantos piropos. ¿Qué te parece si hablamos en serio?

Su mirada me hizo suponer que se carcajeaba de mí. Pensé que él, a su vez, estaba pensando de mí: «Estás jodido, tío».

—Busco al Cero Cero Siete.

—¿Estás de guasa?

—No, no es broma, sé que tiene licencia para matar.

—A ti debe gustarte mucho el cine...

—Si la «peli» no es un rollo, vale.

—Tendrás que ir a Inglaterra a buscar al Cero Cero Siete de marras.

—Fish, tú sabes que no busco a James Bond, si no a Cero Cero Siete.

—Sigo sin entender, claro que si lo que buscas en una novela de Ian Fleming, esto no es un quiosco de venta.

—Alguien me contó que cuando Cero Cero Siete pasa por París,

se toma un trago aquí, en este club.

—Sería estupendo, lo pondría en la publicidad y eso atraería más clientes.

Expulsé el humo de mis pulmones y le miré casi con lástima, esperando recortarle la moral o cuando menos, aquella maldita sonrisa que me irritaba. Era como una de esas calaveras puestas en un escaparate y que siempre parecen sonreír a quien las mira.

—Aunque tú te las des de importante y alguno de los de por aquí se lo crea, yo sé que eres un enano, que todo lo que hay a nuestro alrededor no te pertenece.

Desafiante, preguntó:

—¿Ah, no?, ¿y de quién es?

—De los tiburones. Si ellos dicen «se acabó», el mogollón este se cierra y tú, a la puta mierda, convertido en cadáver, claro.

—Y eso, ¿quién te lo ha contado?

—Un tiburón blanco y dicen que es de los peores.

—¿Ah, sí?, ¿y cómo se llama ese tiburón blanco?

—No me acuerdo; la proximidad de alguien que se hace el estúpido me produce amnesia.

Se rió a dos palmos de mi nariz en clave de «je». No soy ningún idiota y me imaginé que el «je, je, je» iba cargado de amenazas o de aquello que había dicho que tenía de sobras.

—Oye, ¿sabes que, pese a tu estilo, me caes bien?

—No me digas.

—Sí, te invito a un Napoleón extra. Tú —interpeló a un mozo— un Napoleón extra para el amigo.

Me pregunté si aquel tipo se dejaba deslizar por el tobogán que le había montado o era más astuto y me estaba preparando un circo donde yo tuviera el papel del payaso que recibe las bofetadas.

Me sirvieron una copa grande y hermosa, una copa que tenía la letra N en dorado. La cogí entre mis dedos índice y corazón diestros y bebí despacio, aquello no podía tomarse de un solo trago. Me pregunté si habría impresionado lo suficiente a Fish.

—¿De veras no recuerdas dónde está Cero Cero Siete?

—En las películas y en las novelas —replicó Fish.

El tipo aquel se me enredaba cada vez más y más. Aparté la mirada de él y en mi retina se proyectaron las imágenes del «ganado».

—Si te gusta alguna, tranquilo, escoge por cuenta de la casa.

«Demasiada generosidad», me dije.

Las hembras de alterne me caldeaban con sus miradas fogosas. ¿Quién había dicho que aquellas mujeres hacían el amor con frialdad? A mí me pareció que cada una de ellas tenía cuando menos carbones encendidos en los taburetes donde se sentaban, a juzgar por las miradas que me lanzaban.

Tuve la impresión de que las bujías chisporroteaban sobre mis dos pistones, pero tenía que hacer como los duros de película serie B americana, donde Humphrey Bogart se hacía el duro y más o menos les decía «qué pasaba», pero yo, en aquellos momentos, ya estaba algo hartado, especialmente de los zapatos que me iban prietos. ¿A quién se le ocurría ir de viaje con zapatos nuevos? Un rato en la cama habría que descansar mucho los pies, máxime si la hembra tenía abundantes cabellos negros y unos ojos preciosos, verdes y grandes, parecía una pantera. No le había dicho nada y ella ya me echaba su cálido aliento en la oreja. Tuve la impresión de que era ella la que me había elegido a mí y no a la inversa.

—Eh, tú estabas conmigo —gruñó un tipo alto.

Por el bigote y el gorrito me pareció que era turco, pero hablaba bien francés.

—Suéltame, bruto —replicó la desconocida de los ojos verdes.

Busqué con la mirada a Fish, pero se había esfumado. Me pregunté si estaría pegado a algún teléfono advirtiéndolo a Cero Cero Siete que un tipo extraño que se hacía llamar R.

X. le buscaba y que posiblemente no sería para nada bueno.

En aquellos instantes, lo lógico hubiera sido que yo le dijera al turco que era un bastardo y rescatara a la fogosa hembra que me miraba con ojos suplicantes, pero... El numerito era demasiado conocido, salía en todos los telefilmes malos de series americanas.

Yo salvaba a la chica de las manos del turco que era más alto y corpulento que yo y luego me acostaba con ella porque era su salvador. Todo demasiado preparado, poco natural, sólo faltaba la guinda y la guinda me la podían dar a mí cuando estuviera desnudo en la cama, sumergido en las profundidades de unos ojos verdes.

El acercamiento a Fish había fallado. No había sacado nada en claro, una noche perdida. El tiempo pasaba y el Cero Cero Siete seguía sin aparecer. Por supuesto, no se trataba del famoso agente

secreto de las novelas de Ian Fleming, detrás de ese Cero Cero Siete había...

Tuve un vahído, estuve a punto de caer, pero me apoyé en el mostrador. Si el turco me atizaba en aquellos momentos, maldita la gracia que iba a hacerme.

Aspiré hondo mientras mis pensamientos se hacían verdes y luego amarillos. Intenté dar dos pasos y mis rodillas cedieron. No tenían fuerza Demasiado tarde comprendí lo que me estaba ocurriendo.

Dos hembras se me pusieron a derecha e izquierda respectivamente.

—No, no me hace falta ayuda —les dije.

Aquellos tipos tenían excesivo interés en ayudarme a salir del local, pero lo cierto es que no me sacaron por la puerta principal.

Traté de hallar la forma de escabullirme, pero en medio de un fascinante arco iris, sólo llegué a imaginar a la hembra de los ojos verdes danzando desnuda para mí solito la danza del vientre. Pero la chica se había quedado con el turco y a mí me metieron en un coche, en el asiento posterior.

—Hijos de perra —farfullé cuando arrancó el vehículo.

En unos instantes de lucidez llegué a decirme que algún día le preguntaría a Fish qué clase de droga me había metido en el *brandy* Napoleón extra.

La hembra de los cabellos negros y los ojos verdes, de magníficos pechos y apetecibles caderas, estaba sensacional y se comportó conmigo de fábula, por lo menos así me lo monté yo en mi fantasía mientras el automóvil rodaba por la ciudad en busca del Bois de Boulogne.

El coche dio algunos botecitos, la suspensión no era mala.

Abrieron la portezuela y me sacaron cogiéndome por los pelos. Caí en un suelo agradable, cubierto de hierba. En unos pequeños momentos de claridad me acordé de que llevaba conmigo el *baby-electric*. Hice saltar el pivote con la escasa energía y lucidez que me permitía la narcotización en que me hallaba sumido y comenzó a sonar la «chillona».

Aquel artefacto, alimentado por una pequeña pila, hacía más ruido que una parturienta primeriza o un hinchado de fútbol inglés.

—Hijo de perra —masculló uno de los matones que me querían

sacudir.

Yo arrojé la «chillona», una alarma para burguesitas que no quieren ser violadas, y debió de caer entre los setos. Me di la vuelta y una patada pasó lamiéndome los riñones.

—¡Vamos, vendrán los polizontes! —gritó el chófer.

—¿Y Fish?

La «chillona» resultaba en la plácida noche del Bois de Boulogne. Las furcias, que abundaban como los mosquitos en verano, salieron por todas partes, gritando.

—¡La bofia, la bofia!

Aquella especie de estampida de zorras me salvó de recibir una desagradable paliza. El artilugio eléctrico fabricado en

Hong-Kong

continuaba con su escandalosa sirena intermitente y así seguiría hasta que se agotara la pila que lo alimentaba y que era nueva.

Bostecé y me dije que la hierba era blanda y fresca, un sueñecito en verde no me sentaría nada mal.

Cerré los ojos y me olvidé de que en el Bois de Boulogne trabajaban las chicas del desencoche.

En mis ojos ya no vi a la espléndida mujer de los ojos verdes. Los pistones se habían detenido, no había chispa en las bujías y ronroneé antes de bostezar por última vez antes de sumirme en el más profundo de los sueños.

—Mientras no se me haya acabado el carburante...

CAPÍTULO II

Abrí los ojos tan bruscamente que la bombilla que colgaba del techo me lastimó las retinas. Estaba en una camilla.

Un hombre con bata verde se inclinó sobre mí, tenía un gran bigote de guías cortas. Me observó los ojos, creo que el iris, y después me preguntó:

—¿Siente náuseas?

—Ha dado en el blanco, tío.

El sujeto de la bata verde volvió la cabeza hacia otro individuo que se enfundaba con un gabán color ala de mosca, un color que si se pegaba a cualquier pared de los edificios de París pasaría inadvertido, mimetizándose con ellos.

—¿Qué droga tomó? —preguntó el de la bata verde.

—No lo sé. —Hice un sobreesfuerzo de memoria, recordar me resultaba tan difícil como repetir una página completa del listín telefónico. Antes de que nadie pronunciara otra palabra, dije—: Me invitaron a una copa de *brandy*. ¿Qué droga puede mezclarse con el *brandy*?

—Muchas —respondió el de la bata verde que supuse sería un médico. Me levanté, me senté en la camilla y bostecé.

—Creo que me apetecen cuatro cafés de corte italiano sin azúcar. ¿Alguien me los da o me voy a la cafetería más próxima?

—Despacio —casi carraspeó el del gabán y que olía a policía de la P. J.—. Has sido encontrado en el Bois de Boulogne inconsciente, drogado y eres extranjero. Como comprenderás, eres sospechoso de toxicómano.

—El de la bata verde puede confirmarle que no soy adicto a las drogas. Que traigan el botellón y me meo en él, verán cómo sale la droga que me endosaron en el *brandy*. Además, ya supongo que sus

expertos han registrado todas mis ropas con minuciosidad por si llevaba mercancía extra.

—¿Quién hace aquí las preguntas? —Gruñó el hombre de la policía judicial.

—No soy ningún camello ni ningún adicto.

—Estoy dispuesto a creerte, pero te recogieron los de la patrulla; soltaste una alarma portátil.

—Me sentí muy mal y pensé que alguien vendría a ayudarme.

—¿Quién te dio ese coñac?

Pensé que si soltaba la verdad, se complicarían más las cosas. Iba a resultar más que difícil demostrar que Fish me había drogado para facilitar así la paliza a la que me había sentenciado. Era su palabra contra la mía y, además, daba la casualidad de que ambos éramos extranjeros.

—Una fulana de ojos verdes. Supongo que lo que quería era llevarse mis calzoncillos de *souvenir*.

—¿De veras? —rezongó con una media sonrisa de sarcasmo el hombre de la policía.

—Sí, y la verdad es que estoy tan sorprendido como usted, porque yo se los hubiera dado sin problemas. Hay que ser tolerantes con las fetichistas, ¿no le parece? Por cierto, ¿qué me han robado?

—Nada —respondió el sujeto de la P. J.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque tienes tu cartera y en ella hay billetes, francos y dólares. En fin, ¿tengo que tragarme que ibas de putas?

—No le conozco, pero usted parece casado. Supongo que no le hará falta ir de putas. Ah, me alegro de que llegaran pronto y me salvaran la billetera.

—Tu pasaporte dice que eres periodista.

—Así es.

—¿Enviado especial?

—Trabajo por libre. Es difícil encontrar un empleo fijo y cuando lo consigues, te pagan una miseria.

—Sí, no parece que te vayan muy bien las cosas.

—Es que usted no ha visto el tráiler que tengo para trasladar el oro que me pagan por mis reportajes. Cada vez que tengo que esconder unos lingotes, contrato una excavadora.

—Muy gracioso. ¿Cuál es tu especialidad?

—Las niñas perdidas.

—Eso puede ser interesante. ¿De quién es la hija?

—¿Qué hija?

—La que estás buscando.

—Oiga, comisario, yo no voy tras ninguna niña; busco un buen reportaje allá donde se encuentre, luego lo aderezó con mi arte de plumífero y a venderlo.

—¿Y las máquinas de fotografiar?

—En el hotel.

—¿No viene un reportero contigo?

—No, voy solo. Soy tan ambicioso que todo el oro que llevan los camiones lo quiero para mí solo.

—Bien. ¿Va a presentar una denuncia contra esa mujer de los ojos verdes?

—No, ¿para qué? Seguramente será una desgraciada y tampoco la encontrarían.

—En ese caso, le dejo, *monsieur* Xai. Espero que no se meta en más problemas, comenzaría usted a preocuparme.

Advertí que había acabado tratándome de usted. ¿Habría tomado precauciones respecto a mí? Bueno, era mejor que sostuviera el tratamiento. No me gustó verme acosado por las preguntas de la policía de París, hubiera preferido pasar desapercibido, pero las circunstancias no me habían sido propicias. Me había comportado como un estúpido, de un tipo como Fish no podía fiarse nadie y mucho menos después de provocarle.

—Le recomiendo que coma —me dijo el médico.

—¿Comer? —repetí.

—Sí, es bueno que ponga alimentos, lípidos y proteínas, en su sangre, se recuperará con más rapidez. En realidad no le ocurre nada, pero es mejor que no conduzca antes de tres horas.

—¿Estoy bajo de reflejos?

—Sí.

—Lo tendré en cuenta. ¿Dónde me «receta» que coma?

Me recomendó un pequeño restaurante que estaba a cien pasos del hospital, lleno de sanitarios que no deseaban comer en el propio hospital.

—Oiga, en la comida de aquí no meten bromuro, ¿verdad? —le pregunté al camarero, un tipo bajito, gordo y encendido de cara.

—No, *monsieur*, ji, ji, ji... Le serviré un guiso de carne con unas especias que yo tengo que esas enfermeras que andan por ahí se van a asombrar.

—¿Asombrar, de qué? Volvió a reír antes de decir:

—Verán como se le levanta la mesa sin que usted la toque con las manos, ji, ji, ji...

Yo no sé si la mesa se movió, pero cuando ya terminaba, se sentó frente a mí una mujer rubia y esbelta. No era ninguna niña, pero tampoco estaba pasada, estaba en su punto.

Sus ojos azules se clavaron en mí, lo que me pareció un descaro. La verdad, no busqué un periódico para parapetarme tras él.

—¿Nos hemos visto antes? —pregunté.

—Sí.

—¿De veras?, ¿dónde?

—En el hospital.

—Qué pena.

—¿Por qué?

—Hubiera preferido verte en el Follies.

—¿Y por qué en el Follies, precisamente?

—Porque allí las chicas suelen ir descalzas hasta el cuello. Se sonrió.

—Eso será en el escenario y yo no soy ninguna artista.

—Eso está por demostrar, a lo mejor sí lo eres.

—¿Ah, sí?, ¿y en qué especialidad?

Carraspeé. Pensé que había entrado en la conversación demasiado a fondo y aquella mujer no se parecía en nada a las de «alterne». En sus ojos vi una ingenuidad que me atrajo más. Además de inteligente, parecía hermosa, quiero decir que además de hermosa parecía inteligente... No es que frente a una mujer yo me liara solo, no; pero aquella desconocida tenía algo, es decir, muchas cosas que me interesaban. Sus cabellos, sus ojos, su nariz, sus labios llenos de sinuosidad, sus orejitas. Nunca me habían gustado las mujeres con las orejas excesivamente grandes, me recordaban a los chimpancés.

Tenía unos pechos muy atractivos, hubiera deseado tomarles la medida con mis propias manos. Ella, sin quitarme ojo, se rió un poco y dijo:

—Sé lo que estás pensando.

—¿Ah, sí?

Me puse mi careta de máxima ingenuidad y aguardé:

—Estás pensando en cómo llevarme a la cama.

Me hubiera gustado rascarme los rizos del pecho, olvidé decir que tengo mucho vello en el tórax, pero llevaba corbata y quien usa corbata suele llevar camisa debajo, de lo contrario la corbata sola daría la impresión de que van ahorcarle a uno.

—¿Cómo te llamas?

—Emma.

—¿Emma? Muy bonito, como *madame* Bovary. Volvió a sonreírse.

—Emmanuelle, pero el nombre es tan conocido que prefiero que me llamen Emma.

—De acuerdo, Emma, y ahora cuenta, ¿por qué te has fijado en mí?

—Te he visto en el hospital tumbado en la camilla, ya te lo he dicho. Ahora, al verte aquí, me he alegrado por ti.

—Yo también me alegro. Me hubiera sentado muy mal despertarme dentro de la Unidad de Cuidados Intensivos, es el peor despertar que se puede tener.

—¿El peor?

—Sí, porque si estás muerto ya no puedes despertar.

—Tienes razón.

—Verás, Emma, tengo problemas —le conté.

—¿Graves?

—Sí, creo que son graves. No voy a regresar a mi país hasta que encuentre a quien voy buscando.

—Los latinomediterráneos me caéis muy bien.

—Y a mí, las francesitas dulces como tú, también. —Suspiré, con aire cansado. Me dije que dándomelas de latin-lover posiblemente iba a conseguir poco, pero quizá haciéndome un poco el desvalido conseguía algo más—. Estoy desorientado.

—No tienes edad para desorientarte; los que se desorientan son los adolescentes y los hombres ya maduros. Tú estás en la edad de dar guerra.

—Es que no encuentro lo que busco.

—Si puedo ayudarte...

—Quién sabe. Hay ocasiones en que uno busca inútilmente las

gafas y no las encuentra hasta que alguien le dice que las lleva puestas.

—¿Has perdido algo o a alguien?

—Verás, busco a un tipo al que no conozco.

—¿Y cómo se llama?

—Tampoco lo sé.

—¿Y cómo es?

—Lo ignoro.

—¿Has pensado en pasar por la clínica de psiquiatría?

—Oye, mejor te suelto el rollo en otra parte. ¿Te parece?

—Como quieras, tengo la tarde libre.

—¿Y además tienes coche?

—Sí, un utilitario que va bien para circular por la ciudad.

—De acuerdo, vamos a tu Rolls-Royce.

El Rolls-Royce resultó un cuatro plazas para que fueran cómodos sólo dos viajeros.

—¿Adónde vamos?

—Adonde a ti te parezca —respondí, encogiéndome de hombros.

CAPÍTULO III

Mireya era una mujer alta, de ojos oscuros y penetrantes. Su cabello también era oscuro, pero unos pocos mechones largos tenían un color azulado, lo que daba más belleza a su espléndida y lacia melena.

Mireya era más que una secretaria de dirección, aunque fuera eso lo que constatará en su hoja de salarios. Ella tenía otros cometidos en la empresa internacional de importación y exportaciones.

AMIESA, como firma, no comprometía a nada, aunque los Bancos la consideraban debido al movimiento de divisas que realizaba a lo largo del año.

Era puntual en sus pagos, lo que era muy estimado entre el mundo de quienes controlaban el dinero. Detrás de AMIESA había dos o tres financieras y un par de Bancos que la arropaban.

Nadie hacía preguntas, no convenía hacerlas. De cuando en cuando, determinados personajes o personajillos recibían succulentos regalos, que podían ir desde un chalet en una zona turística a un reloj despertador hongkonés.

Mireya era quien se ocupaba del apartado de los sobornos, es decir, regalos. Los beneficiados jamás habrían aceptado esa palabra, aunque en el fondo, muy en el fondo, admitían que eran eso, sobornados para hacer la vista gorda cuando convenía o para mostrarse más atentos o rápidos en determinadas gestiones.

Había varias formas en que AMIESA funcionaba con más o menos legalidad, y Mireya se encargaba de aceitar los resortes para que no se encasquillasen.

Si había que pagar aranceles aduaneros de diez mil radio-cassettes, se las arreglaban para pagarlos sólo de mil. Si había que

hacer un desembarco de tabaco americano rechazado como defectuoso en su fábrica de origen, AMIESA estaba en el asunto.

Compraban por debajo del cincuenta por ciento de su valor real y lo vendían casi al mismo precio pese a ser de peor calidad que el que se vendía en el propio mercado.

Donde AMIESA no se metía era en las propias aduanas, porque sabía que el intento de soborno de un aduanero resultaba muchísimo más peligroso. Buscaban otros caminos que los que estaban detrás de AMIESA conocían bien.

AMIESA se encargaba de exportar ediciones de libros piratas a Latinoamérica y luego quedaban como que las ediciones piratas se habían realizado en la propia Sudamérica. AMIESA también se encargaba de imprimir entradas para partidos de fútbol de otros países que luego aparecían en las reventas.

AMIESA hacía muchas cosas más, algunas aparentemente buenas como importar juegos educativos y obras de arte recuperadas.

Tenía unas lujosísimas oficinas con poquísimo personal en el centro de la ciudad, unas oficinas alquiladas. Abandonarlas con toda su decoración no suponía perder más allá de siete o diez millones de pesetas, pues hasta los óleos supuestamente valiosos eran copias, muy buenas, pero copias. Allí todo era falso, todo menos Mireya.

Mireya y yo nos encontramos en una convención, no recuerdo de qué. A ella tampoco le importaba demasiado, pero estaba allí, con su elegancia, con su don de gentes, con su sonrisa cautivadora, con unos nombres, unas cifras y unos números telefónicos bien grabados en su mente.

Entre sonrisa y sonrisa, entre copa y copa, ataba cabos siguiendo siempre las indicaciones de sus superiores.

—¿Por qué te empeñas tanto en saberlo? —me preguntó, ya molesta.

Encendí un cigarrillo inclinándome fuera de la cama. Aspiré con fuerza y la miré entre el humo. La tenía en pie de espaldas, desnuda, suavemente tostada por el sol. Era lúbricamente hermosa, fascinaba. Con ella, los juegos del amor se hacían infinitos, nunca parecía ser bastante.

Nada más miramos, nos habíamos sonreído, nos habíamos dicho muchas cosas con los ojos.

Se sentó a mi lado y puse mi mano con suavidad entre sus vaporosos pantalones amarillos. Ella cerró los muslos, me apretó y siguió conversando como si nada ocurriera. Luego desapareció y cuando me decía a mí mismo que me había precipitado, alguien llamó a la puerta de mi habitación del hotel.

—¿Cómo andas de temperatura? —me preguntó, sin moverse del umbral.

En una mano tenía dos copas y en la otra, una botella de champaña sin descorchar, envuelta en una gruesa servilleta blanca.

—Como un volcán a punto de erupción —respondí.

—Pues aquí llegan los bomberos.

El champán resultó refrescante. Manchamos la cama con la espuma que saltó exuberante sobre nuestros cuerpos desnudos. Mireya no era ninguna niña, era una mujer que sabía lo que hacía y como se entregaba.

Ni me pasó por la cabeza la estupidez de preguntarle con cuántos hombres se había acostado. A Mireya había que tomarla como era, como venía. Te desbordaba, era como una ola que te envolvía, te zarandeaba, te revolcaba y te dejaba exhausto sobre la arena, empapado no sabías si de agua o de sudor. No sabías si habías pasado miedo o placer, pero había que tomarla así y así la tomé yo. Ni siquiera nos despedimos al amanecer, ella se fue.

Tenía unas ganas locas de volver a encontrarla, pero me habría comportado como un adolescente encelado de haber ido tras ella.

Mireya, como no pocas mujeres, rechazaba a esa clase de tipos pesados que no saben poner un punto y aparte o un punto y final sin que tengan que escupírselo a la cara.

Mi contención y espera tuvo premio al cabo de siete meses en que la encontré en la terraza de un bar. Me senté a su lado; al tipo que iba con ella le di a entender que estaba sobrando y pareció comprenderlo así, lo que normalmente resulta difícil.

Mireya me llevó a un grupo de chalets que AMIESA tenía que vender a unos extranjeros. Estaban ya amueblados y en uno que miraba al mar volvimos a amarnos como yo deseaba.

Este segundo encuentro no desmitificó al primero, resultó igualmente satisfactorio y a Mireya pareció convencerle mucho tal situación. Ella se entregaba, yo la amaba, lo pasábamos fenómeno y luego nos despedíamos y no había lloriqueos ni preguntas. En esta

segunda ocasión, me dio un número de teléfono. Como era lógico, no fui tan idiota como para preguntarle para qué servía aquel numerito.

Seguí mi vida profesional en la que no obtenía los éxitos que yo deseaba y dejé pasar un tiempo antes de marcar aquel número. En varias ocasiones estuve tentado a hacerlo, pero me contuve. No tenía que darle la impresión de que la acosaba, aunque pensando en ella me pasé varias noches contando borregos hasta el amanecer, sin conseguir dormirme.

—¿Y a ti qué te importa? —me replicó casi con dureza.

Volví a pasear mis pupilas sobre su hermoso cuerpo, ella sabía que la miraba y, como la gata que mueve su cuerpo para mejor sentir las caricias de la mano de su amo, onduló su cuerpo ligeramente. No lo hacía conscientemente, era puro instinto. Mireya era una hembra hasta lo más recóndito, hasta las raíces de sus cabellos.

—Era por saber quiénes son tus jefes.

—Cambian —contestó.

—¿Cambian muy a menudo?

—Sí, más de lo que yo desearía a veces —me respondió ahora relajándose como si ya la tensión hubiera pasado.

Se ladeó y le pude ver el rostro y parte de sus altos y hermosos pechos, aquellos pechos que tantos besos míos habían recibido.

—¿Y por qué cambian tanto?

Se encogió de hombros, lo que hizo que sus pezones se elevaran.

—No hago preguntas, llevo adelante mi trabajo y eso es todo.

—¿Y no te has preguntado por qué cambian tanto a tus jefes y a ti no?

—Será porque hago bien mi trabajo y no pregunto. Me pagan bien y así termina el asunto.

—Y esos que están por encima de esos jefes que cambian, esos que pueden poner y quitar jefes, ¿quiénes son?

Sonrió maligna detrás de su cigarrillo.

—No soy tan tonta como para preguntar los nombres.

—Pero tú les conoces.

—Conozco sus voces, sé identificarlos, ellos me llaman cuando quieren algo. El jefe que tenga de turno mueve todo lo que haya que mover y yo llevo adelante lo que se me encomienda. Después,

él se despide diciendo que ha encontrado un empleo mejor y así se termina el asunto.

—En realidad, la reina de AMIESA eres tú.

—Yo no soy la reina, sólo soy la eficiente secretaria.

—¿Y los jefes?

—Los espantapájaros.

Como era lógico, suponía que Mireya no sólo recibía lo que le pagaban según la hoja de salarios y de la que le deducían los impuestos. Mireya recibía más, siempre en billetes. Ella se compraba algunas joyas, pero nunca en joyerías reconocidas.

Estaba seguro de que hacía su «paquete» para el día que tuviera que decir adiós a AMIESA. Era lógico pensarlo, pero lo que yo no supe es que intentó hacer algo por su cuenta.

—¿No crees que Florida es un buen lugar para vivir? —me preguntó un día que tomábamos el sol en la cubierta de proa del yate de un amigo suyo.

—Sí, Florida es un buen lugar, pero si te siguen la pista quizá sea mejor Brasil.

—No, no se trata de que te persiga la policía.

—¿Quién, entonces?

—Cero Cero Siete.

Me reí, sí, me reí como todos se ríen cuando les hablas de Cero Cero Siete, un personaje de novela, el héroe de Ian Fleming, el agente con licencia para matar y lo cierto es que esta última frase comenzó a preocuparme.

—¿Quién es capaz de destruir una obra de arte, máxime si esa obra está viva?

Subió a bordo del Mercedes color caramelo, un espléndido carro propiedad de la firma AMIESA, pero que ella tenía a su disposición y en cierto modo consideraba como propio.

Le dio a la llave de contacto. Salió del estacionamiento y estuvo rodando durante casi tres kilómetros cuando...

CAPÍTULO IV

Me había olvidado de contar que Emma me llevó a su apartamento y que esté era tan pequeño como su cochecito; sin embargo, había que admitir que era coquetón y que todo funcionaba bien, como su cochecito.

Como era lógico, yo no era hombre que se entretuviera en observar la calidad de las cretonas, el color de los terciopelos que pudieran colgar aquí o allá o si el tirador del retrete era verde o de color oro. Simplemente me pareció acogedor, allí me sentí cómodo. Vamos, que me molaba cantidad.

—¿Chocó? —preguntó Emma mientras se tomaba un té con pastas sentada al borde de la cama en la que yo estaba tumbado.

—Podría ser un excelente cuadro —comenté.

Emma miró en derredor, como buscando una obra de arte.

—¿Cuál?

—*Mujer desnuda tomando el té.*

Sonrió por detrás de la taza que, como era obvio, no era tan grande como un biombo chino para ocultarla.

—¿Es más bonita que yo?

—Era muy bella, pero otra cosa distinta a ti.

—¿Era?

—Sí.

—¿Chocó?

—No insistas por ahí. El Cero Cero Siete es un experto, estalló el tanque de gasolina y todo el coche quedó envuelto en llamas en mitad de la calle con Mireya dentro.

—Debió ser horroroso.

—Sí, horroroso. Yo, como periodista, fui en busca de testigos, iba como enloquecido, tenía que contenerme. Era demasiado

horrible pensar que aquella mujer bellísima había quedado carbonizada, sin tiempo para escapar.

—¿Y la policía?

—Los informes técnicos dijeron «accidente», pero los fabricantes del vehículo rechazaron tal afirmación. Dijeron que había sido un descuido, en fin, no sé qué historias. Encontraron unas latas preparadas de carburante en el que alguien mezcló otros combustibles con la gasolina; alegaron que habría sido la propia Mireya para que el coche rindiera más.

—Y tú te lo creíste, claro.

—No.

—¿Piensas que sus superiores se enteraron de que pensaba hacer un negocio por su cuenta y la quitaron de en medio?

—Sí, por eso quiero encontrar a ese maldito Cero Cero Siete, para que él me lleve al tipo que le daba órdenes a ella.

—Puedes encontrarte con varios consejos de administración de financieras y ya sabes que cuando huelen a quemado, entre ellas jamás se atacan. Luego, se compran y se ven den las empresas y la financiera vendedora o compradora desaparece y surge otra con nombre distinto.

—Sí, algo de eso ocurre siempre; es muy difícil atraparles. Son negocios de grandes vuelos.

—¿En qué andaba metida últimamente?

—No lo sé.

—¿Drogas?

—¿Quién sabe? —Me encogí de hombros y añadí—: En ese negocio está metido todo el mundo, me parece demasiado vulgar. Hoy día, tu vecino, tu sobrino o aquel amigo que se cambia el «carro» cada año, andan metidos en asuntos de drogas, qué asco. La verdad es que van por la miseria. Los aguiluchos reciben medallas y otras condecoraciones y los que tienen que ponerles la red para cazarlos prefieren meterse ellos mismos dentro de esa red y luego mirarse al espejo diciéndose lo guapos que están.

—¿Qué eres?, ¿más escéptico o más cínico?

—Sólo un hombre, con mis verdades y mis miserias.

—Eso le preguntaría un griego a otro hace dos mil años.

—Es posible.

—Y si lo encuentras, ¿qué harás?

—No lo sé, pero tengo que encontrar a esos tipos. Si no lo hago, reviento.

—Te lo has tomado como una cosa personal, ¿verdad?

—Sí, eso es, una cosa personal. No puedo soportar que sólo los rateros, los navajeros, los atracadores de poca monta sean atrapados y condenados. Comparativamente no sucede lo mismo con esos tipos que operan a grandes alturas moviéndose de un país a otro sin problemas, que incluso pueden solicitar la protección de la policía del país adonde llegan por motivos de seguridad personal cuando deberían ser arrestados por esa misma policía que ignora a qué clase de pajarraco están protegiendo.

—Si alguna vez lo encuentras delante de ti y tienes una pistola en la mano, ¿dispararás?

—No lo sé.

—Es indudable que la amabas.

—Mireya no era ninguna santa. Para mí era un pájaro hermoso y libre, excepcionalmente libre.

—Pues a mí no me parece que fuera tan libre —opinó Emma antes de consumir su té.

—Sí, quizá no lo fuera tanto. Ya la veía con mis ojos.

—Ojos de fascinado.

—Probablemente.

—De todos modos, si no sabes nada de ese Cero Cero Siete y de quienes le pagan, jamás lo encontrarás.

—Tengo alguna pista.

—¿Cuál?

—Un tipo llamado Fish.

—¿Es importante?

—Yo le he dicho que no lo era, pero él me ha enviado al hospital y menos mal que sus matones no pudieron hacer el trabajo que se les había encargado. De todas formas, palabra que no acepto nunca más una copa de ese tipo.

—Si ya ha reaccionado en tu contra, ¿te expondrás de nuevo a verle?

—Ese tipo es un cabo del ovillo que tengo que desenredar.

—Los gatos acaban liándose en los ovillos.

—Si me lío, romperé la lana con los dientes.

—Si no te los saltan a puñetazos... Por cierto, ¿qué hago yo en

todo este embrollo?

—De momento, haces de psicóloga.

—Vaya, creí que hacía un papel más bonito.

—Y lo haces, de veras.

Alargué mi mano e intenté atraparla por la cintura, pero ella, con un quiebro, se me escapó de entre los dedos como una sirena malhumorada.

Se puso las *panties* con gracia, con femineidad. Me gustó y me dije que no me cansaría nunca de verla por las mañanas poniéndose las bragas y aquello era peligroso, era como decirme a mí mismo que Emma me gustaba como pareja.

—¿Ya no quieres ayudarme? —pregunté, entristeciendo un poco la voz a ver si funcionaba de nuevo el hacerme el desvalido.

—Se ha hecho tarde —dijo ella, altiva y arrogante.

—Nunca es tarde para morir.

—¿Qué dices? —Brincó, y más que una pregunta fue un reproche.

—Tengo una pistola de catorce balas y por lo menos le voy a meter diez en el cuerpo.

—¿A quién? —inquirió ahora más preocupada, tratando de ver en mi rostro si hacía el bocazas o estaba realmente dispuesto a lo que decía.

—A ese Fish; o habla o lo mato.

Como tenía que dar fuerza a mis palabras, salté de la cama. Me metí bajo la ducha y abrí el grifo de agua fría. Había que hacerse el hombre, pero para un indígena del Mediterráneo, el agua de París, sin pasar por el calentador, estaba demasiado fría. Lancé unos cuantos gruñidos para aminorar el frío; hubiera preferido gritar a lo Tarzán para aguantar mejor, pero...

—Roger —dijo ella irrumpiendo en el cuarto de baño y cerrando el grifo del agua fría.

Se lo agradecí, pero como no era el mejor momento para sonreír, la miré con gesto grave.

—¿Qué quieres ahora? ¿No acabas de echarme?

—Deja de hacerte el niño.

—¿El niño? Creo que eso es lo que he hecho antes, entre tus brazos.

—¿Cómo, cómo te atreves a decir eso? Si he sido una muñeca

para tus deseos.

Alargué la mano, cogí la toalla y me sequé la cara casi a manotazos. Salí de la ducha y le dije:

—Tengo que cargarme a alguien y al único que conozco es a Fish.

—No seas bruto, todos los del sur sois iguales. Si me matas a tiros, te encerrarán y puede que te pongan la cabeza en la guillotina.

—Ah, pero ¿todavía funciona ese artilugio? Creí que estabais más civilizados.

—¿Y tú, precisamente tú, nos llamas salvajes, cuando vas por el mundo con una pistola ametralladora, dispuesto a llenar de plomo a un hombre?

—Es que lo mío es diferente —le dije, dejándole la espalda y esperando que admirara mi musculatura. A las chicas les caía muy bien mi espalda.

Ella se pegó a mí, importándole poco que estuviera como un pez recién salido del agua, es decir, mojado. Apoyó su mejilla en mi espalda y mientras, sonreía. Todo marchaba bien, seguro que Emma iba a ayudarme.

—Sé que voy a enfrentarme a la Mafia internacional. Mireya estaba al extremo de uno de sus sucios tentáculos y se la cargaron, pero yo la vengaré.

—Estás loco por Mireya.

—No es eso. Si a ti te sucediera lo que a ella, lucharía lo mismo. ¿No te das cuenta de que hay que cargarse a esos tipos que además de jodernos a todos son invulnerables ante la Ley y la justicia?

Sonó el timbre estridente del teléfono, llenando el pequeño apartamento. Emma descolgó con desenfado.

—¿Sí?

Se mantuvo a la escucha unos instantes mientras fruncía el ceño. Tapó el micro con la mano y se volvió hacia mí.

—Es para ti.

—Qué raro, nadie sabe que estoy aquí.

—Pues preguntan por ti.

—¿Te ha dicho quién es? —pregunté, acercándome al teléfono.

—Fish.

—Hijo de perra —mascullé mientras me hacía cargo del

auricular.

CAPÍTULO V

Fish aceptó mis recelos y quedamos citados en el Bateau Mouche, uno de los barquitos que navegaban por el Sena y que él debía conocer mucho mejor que yo, aunque ambos éramos extranjeros en aquella tierra.

Fish era mitad americano mitad sudafricano, pero prefería vivir en el bello París.

Llegué con el tiempo justo a la hora que él me había marcado. No deseaba tener ningún tropiezo ni que me cortasen el paso los matones de aquel indeseable.

El barco que efectuaba el recorrido nocturno por el Sena estaba a punto de zarpar cuando salté a bordo. Di una ojeada por los salones de clase turista en cuyas mesas se consumía una sacrílega coca-cola,

pues en la tierra del excelente vino y del magnífico champaña, no dejaba de ser un sacrilegio tomar una bebida de cola.

Fish no vino a buscarme, se mostraba muy seguro. Lo descubrí en una de las mesas con mantel blanco, se disponía a cenar mientras el barco se apartaba de los muelles de atraque.

Junto a Fish se acomodaba una bellísima indochina o euroasiática, una mujer de singular belleza. Sus ojos, contra lo que cabía esperar, no eran pequeños, si no grandes y oscuros como las noches de las selvas tailandesas, o por lo menos así me las imaginaba yo que no había pisado nunca aquellas tierras.

Sus largos cabellos negros brillaban como un cielo plagado de estrellas en una noche completamente despejada y tenía un atractivo sensual que hacía recordar a los hombres eso, que eran hombres. Podía parecer una perogrullada, pero no lo era, ya lo creo que no lo era. Era como sentir que el cucú quería salir locuelo y

juguetero de su jaula, quizá para entrar en otra jaula más agradable.

—Hola, Roger, temí que no acudieras a la cita.

—A la cita, sí, pero a tomar *brandy* Napoleón, no, claro que no.

Se rió en clave de «je» y yo sonreí también mientras me preguntaba qué sería mejor, si cerrarle la boca de un puñetazo o volver mis ojos hacia la mujer y tratar de imaginar cómo estaría de sensual sin el vestido que llevaba. Opté por esto último; aquella noche había decidido no ser muy agresivo.

La mujer, cuyo nombre y origen desconocía, sonreía, pero no decía nada.

Fish debía haberle dado la orden tajante de que se quedara calladita durante la entrevista, o quizá es que no entendía ni palabra de lo que nosotros pudiéramos hablar.

—Unos amigos míos se precipitaron al llevarte de paseo al Bois de Boulogne —dijo—. Puedo invitarte a cenar, yo no soy el que sirvo.

Un camarero trajo una espléndida botella de champaña Dom Perignon. Estaba por descorchar dentro de un cubo de acero inoxidable repleto de hielo. Otros viajeros no recibían la botella en idénticas condiciones, claro está que tampoco era champaña de la misma marca y, por lo tanto, no se les podía clavar lo mismo a la hora de abonar la cuenta.

—Tomaré una copa —dije, mirando la botella de champaña que el camarero, muy grave, como si se dispusiera a ejecutar un solo de violín en la Filarmónica de Londres, comenzaba a descorchar.

—Creo que en nuestro primer encuentro no nos comunicamos debidamente, como suele decirse ahora entre la juventud.

—Evidentemente no nos comunicamos. Por cierto, ¿cómo supiste dónde encontrarme?

La botella fue destapada con habilidad y elegancia. Brotó la espuma, el gas, y las copas se llenaron.

Me agradó el sabor y el delicioso frescor. Debo confesar que no ganaba lo suficiente como para aficionarme a aquella marca de champaña que había sido la preferida de Marilyn Monroe.

La bella mujer bebió deleitándose, gozando cada sorbo sin quitarme ojo. Era como si estuviera diciéndome con sus oscuras pupilas, con los mohines de sus labios, con la puntita de la lengua que asomaba por el borde de la copa, lo que me iba a ocurrir si caía

entre sus preciosas garras que, por cierto, llevaba muy bien pintadas y afiladas.

—Creo que ahora podremos entendernos mejor —dijo Fish.

—¿Ah, sí? —pregunté, escéptico—. Todavía no me has dicho cómo me localizaste.

—Te hice seguir. Si yo muevo los dedos así —los chasquéó— hay tipos que se mueven.

Pensé si tendría aficiones de director de *ballet*, pero preferí enfocar la conversación por otros derroteros.

Aquel tipo quería dárseles de importante, de reyezuelo del hampa de París, pero yo sabía que en París había demasiados reyezuelos para darles excesiva importancia, y el olfato me advertía que Fish no era el hombre que dictaba órdenes a Mireya a través del teléfono.

El barco seguía deslizándose por el Sena mientras los focos recorrían las riberas y los bajos de los espléndidos puentes.

—No tengas prisa y saborea las chuletas de cordero rellenas con *foie-gras* en hojaldre que te van a servir.

—Yo no he pedido nada.

—Lo he hecho yo por ti y no te preocupes, la cuenta la pago yo.

—Estás muy amable, ¿no? —le pregunté con una sonrisa de desprecio que esperaba le calase mientras seguía observando de reojo a la bellísima tailandesa o euroasiática, lo que fuera. Tuve tiempo de pensar que Fish la llevaba consigo en aquella entrevista para desviar mi atención. Es lo que solían hacer los magos de teatro, quienes llevaban siempre a su lado a una hermosa mujer mostrando las piernas.

—¿Quién te ha enviado?

—Tranquilo, Fish, estamos en tierra de nadie. No tengo por qué responder a tus preguntas.

—Ni yo a las tuyas —me replicó ante el silencio total de la tailandesa que había comenzado su cena con actitudes de pajarito domesticado.

—Buscar a Cero Cero Siete es peligroso —arguyó.

—¿No dijiste que no le conocías?

—A veces se oyen cosas, claro que si tú quieres encontrar a alguien, debes dar algo a cambio.

—¿Algo, como qué?

—¿Cuánto puedes pagar?

—Nada.

—¿Y los que te envían?

Comprendí que Fish suponía que alguien estaba tras de mí, protegiéndome las espaldas. Fish se había convencido de que alguien me enviaba y algún motivo tendría para ello. Opté por dejar que Fish siguiera pensando que no había llegado solo. Mi salud, especialmente mis huesos, iban a agradecermelo.

—Tengo que consultar —dije, antes de beber un poco de la copa de champán y dándole una ojeada al plato que acababan de servirme.

—Yo, en ocasiones, vendo informes si el precio es bueno, claro.

—Antes de hablar de precios —le dije— necesito conocer la calidad del género. No puedo consultar si no digo de qué se trata.

—Pues digamos que la forma de localizar a Cero Cero Siete.

—Eso es muy poco —dije, despectivo.

Aquel tipo ignoraba que no iba a pagarle ni un franco y era mejor que continuara sin saberlo. De lo contrario, el que iba a perder el tiempo sería yo y por el momento sólo tenía un cabo, un cabo de aquel maldito ovillo que no conseguía desenredar.

—Hay un tipo que puede confirmar lo que yo digo.

—¿Sí?, ¿y quién es ese tipo? —pregunté sin demasiado entusiasmo.

Pensé que Fish trataría de engañarme, era un hampón internacional de cuidado, un carnicero de la noche, un tipo del que no había que fiarse poco ni mucho.

—Es un sujeto que suele merodear por Puerto Banús, aunque allí no tiene residencia.

—¿Puerto Banús?

—Ajá.

—¿Y cuál es su nombre?

—No lo sé.

—De alguna forma se llamará —objeté, tratando de sonsacarle.

Aquel nombre podía significar algo para mí, un salto hacia adelante. ¿Sería capaz de decírmelo?

—Se trata del enano...

Se escuchó algo raro, como un débil zumbido, y luego un ruido

extraño, un ruido que yo jamás había oído antes.

Fish ladeó su cabeza cayendo sobre la bella indochina o tailandesa, lo que fuera. Abrió mucho la boca por la que comenzó a manar sangre. Los ojos le quedaron abiertos, terriblemente abiertos. Una saeta corta le había atravesado la garganta por completo.

Lo que acababa de contemplar parecía increíble.

Ante mis ojos, al otro lado de la mesa en la que aún burbujeaba el champaña fresco, casi helado, Fish agonizaba de un flechazo. No podía creerlo.

La chica oriental abrió mucho la boca y emitió una mezcla de gruñidos y chillidos en un tono tan bajo que apenas se la oía. En aquel momento comprendí que la bellísima mujer no había dicho nada en todo el tiempo porque era muda y posiblemente a Fish no le había importado que escuchase nuestra conversación porque, además, sería sorda.

Me levanté de un brinco y grité:

—¡Al asesino, al asesino!

Se produjo un gran revuelo en el salón preferente del Bateau Mouche y un encargado se me acercó corriendo.

—¿Qué sucede?

—¡Le han disparado un flechazo, ha debido ser desde la orilla!

El marino de agua dulce miró incrédulo hacia las riberas de cuidado césped, por encima del cauce del río. Alguien gritó:

—¡Allá va, allá va!

Un potente foco, movido con habilidad, sorprendió una sombra furtiva que trataba de escapar por el Quai. El patrón de la nave de recreo hizo disparos al aire mientras los viajeros obtenían un extra más de diversión en el paseo nocturno por las aguas del Sena en torno a la isla de San Luis. Era como si hubiéramos retrocedido unos cuantos siglos y otro hombre volvía a morir de un flechazo.

CAPÍTULO VI

Estaba de pésimo humor, aunque no lamentaba la muerte de Fish. Era un mal tipo y aunque yo rechazaba la muerte de cualquier ser humano, pensaba que, en aquella ocasión, el destino no había errado el tiro.

—Ya lo he explicado todo en la comisaría —dije, casi con un largo gruñido.

—Sí, ya lo sé —aceptó el comisario Négre mientras rellenaba la cazoleta de su pipa con tabaco rubio.

—¿Entonces? —pregunté, molesto.

—Se trata de charlar amigablemente —dijo. Señalándome una butaca, preguntó—: ¿Puedo sentarme? Suspiré.

—Haga lo que quiera.

Miré la televisión, ofrecían la retransmisión de un partido de fútbol. Quité el sonido y dejé que los jugadores, convertidos en muñequitos, corrieran detrás de la pelota, a un lado y a otro de la pantalla.

—Quizá, inconscientemente, se le olvidó de decir algo en la comisaría.

—¿También tiene usted diploma de psicólogo? Hay muchos que presumen de psicólogos y no son más que unos tontos vanidosos que alardean de ser más listos que los demás.

—¿De veras no había visto nunca a la mujer?

—¿Se refiere a la asiática?

—Sí.

—No sé ni su nombre, y me enteré de que era sordomuda cuando intentó gritar porque Fish vomitaba sangre sobre su vestido.

—¿Cree que sólo era una amiguita?

—¡Y yo qué sé! —Casi exploté, dejándome caer en el sofá.

Lancé una ojeada a la pantalla del televisor donde los jugadores seguían detrás de la pelota. Mentalmente me pregunté quiénes serían los equipos jugadores.

—Bueno, no tiene importancia, quizá sólo fuera una zorra asiática. En los últimos tiempos abundan mucho por las capitales de la Europa occidental, eso se lo debemos a Emmanuelle.

—Ya, la película de marras. Vivimos movidos por lo que nos muestran a través de las pantallas, sean las del cine o estas pequeñas que tenemos por todas partes.

—¿Quién supone que pudo matar a Fish?

—Lo ignoro.

—¿De veras no lo sabe?

—Lo he repetido cien veces en la comisaría.

—¿Qué hacía con Fish?

—¿Vamos a repetir el interrogatorio? —pregunté, ya al borde del desánimo.

—Tenía que saberlo usted, los de la policía somos muy pesados.

—Es evidente.

Me había prometido a mí mismo no soltar prenda sobre la existencia del enano del que no sabía ni el nombre y que al parecer estaba en Puerto Banús, un área de grandes residencias enclavada al sur de España.

—Fish y yo nos conocimos un día, tomamos una copa juntos, eso es todo.

—No me lo creo.

—Si quiere desconfiar, es su problema.

—Veámoslo de esta manera, Xai. Un hombre murió asesinado y usted es sospechoso.

—¿Yo? —Me eché a reír, sarcástico—. Tengo la mejor coartada de todos, estaba a su lado cuando ocurrió el asesinato cometido a distancia. La asiática es testigo.

—Ella podía ser su cómplice.

—¿Mi cómplice?

—Sí y usted, a la vez, cómplice del que disparó la flecha.

—¿No le parece un ejército de cómplices? —me burlé.

—Nunca se sabe. Usted pudo colocar a Fish en aquella mesa, había una cita previa, ¿no es cierto?

—Sí —admití.

—En ese caso, usted pudo preparar la trampa y otro, a distancia, disparar el arco.

—Dirá la ballesta, comisario. Es lo que dijeron los peritos de la comisaría.

—Bueno, da igual, quería decir el arco de la ballesta. ¿Satisfecho?

—Lo cierto es que no se me hubiera ocurrido que hoy día se pudieran emplear armas medievales para cometer asesinatos de precisión.

—No crea que un arco o una ballesta moderna, calculada por físicos e ingenieros, es cualquier cosa. Son armas de precisión, fuerza y gran poder de penetración. Una flecha de ballesta moderna puede arrugar la chapa de un coche y matar al que va dentro.

—¿De veras se puede conseguir eso con una simple flecha?

—Sí, ya lo creo que sí. Ese tipo de arcos no son fáciles de encontrar, pero algunos comandos especiales de distintos ejércitos los poseen como armamento sofisticado.

—¿Eso quiere decir que un flechazo de esa clase podría atravesarme por completo? —pregunté, entre sorprendido e incrédulo.

—Sí, y si la flecha que mató a Fish no le atravesó el cuello limpiamente, pasando a otro lugar, quizá a la bella acompañante, es porque debió ser disparada desde una distancia considerable.

—Lo que indica que el ballestero es un tipo que confía en su arma.

—Sí, debe ser un practicante de ese tipo de deporte.

—O un profesional del crimen —le objeté.

—Es posible —admitió el comisario.

Chupó con fuerza de la pipa sintiéndose satisfecho, como el profesor que acaba de soltar una frase que él considera genial.

Me pregunté si el comisario Négre sospechaba realmente de mí o simplemente trataba de exprimirme como a un limón para sacarme el máximo de jugo. De lo que sí debía estar seguro era de que yo sabía algo más de lo que había contado.

—Lo cierto, Xai, es que usted se metió en un lío el otro día y ahora ha repetido el plato, pero más fuerte. Un asesinato es algo más que tomar una dosis de droga.

—Si Fish tenía enemigos personales, yo no tengo la culpa,

comisario. Usted sabe que Fish era un pajarraco nocturno, un chulo, un proxeneta, posiblemente un tipo que tenía que ver con el mundo de la droga.

—Siga, siga, y seguramente con la Mafia internacional.

—En cierto modo, ¿por qué no? Todos esos sujetos, de una forma u otra, pertenecen a la Mafia internacional. El racket lo pagan directamente o a través de otros proveedores o clientes.

—La cadena.

—Más o menos.

Miró su reloj, suspiró y dijo:

—No voy a molestarle más.

—Menos mal que se ha convencido de que no sé nada, de que soy un testigo fortuito.

—Eso es, un testigo para el ministerio fiscal, no lo olvide si ha de abandonar el país. Ah, y no se meta en más problemas, porque quizá a la tercera no le sea tan fácil escapar del asunto.

—¿De qué asunto, comisario?

Se encogió de hombros mientras sostenía la pipa en su mano.

—Usted sabrá cuál es el próximo lío en el que se va a meter.

En aquel instante, justo cuando se cerraba la puerta a la espalda del comisario, sonó el teléfono. Lo miré con desconfianza, pero lo descolgué.

—¿Aló?

—Roger, Roger, soy Emma.

—Hola, preciosa. ¿Cómo van tus enfermos?

—Algunos bien y otros mal, pero yo me largo.

—¿Como?

Mi exclamación fue una pregunta.

—¿No me pediste ayuda?

—Bueno, pero primero deben ser tus enfermos...

—Te he convertido en mi primer paciente y estoy dispuesta a ayudarte. ¿Te había contado que era psicóloga?

—Pues, no. La verdad es que tampoco me había imaginado que fueras dentista o cirujana de próstatas.

Emma se echó a reír antes de hablar. Me gustó su risa clara y alegre, sí, me agradó mucho. Fue como tomar un cocktail refrescante en una noche del Trópico, cuando el viento no sopla y se tiene sensación de ahogo.

—Tengo derecho a quince días de permiso. Pensaba escogerlos en mejor tiempo, pero he preferido tomarlos ahora. Para los demás colegas, mucho mejor, ya que todos prefieren la época estival.

—Pues precisamente yo me iba a largar a Puerto Banús.

—¿Puerto Banús, al sur de España?

—Sí, tomaré el avión hasta Málaga. Con voz pesarosa, la joven preguntó:

—¿Pensabas irte sin mí?

Dudé unos instantes antes de responder. Emma me gustaba, sí, me gustaba de forma diferente a Mireya. Mireya había sido como un viaje alucinante a través de la sensualidad calidoscópica. Emma era otra cosa, era una sensualidad tranquilizante, que relajaba.

—*Mon cheri* —comencé a decirle, pasándome de cursi, pues pensaba que a las mujeres les gustaban frases de cariño o de halago semejantes—. Me caes fenómeno, pero no voy a Puerto Banús a disfrutar de un paseo en yate, entre otras cosas porque ni siquiera tengo un *windsurf*.

—Roger, yo conozco tus problemas, sé que no vamos a divertirnos —me dijo con tono sincero. No había ahora jovialidad en su voz, había entrega—. Yo te ayudaré en lo que haga falta, conozco tus problemas. Si tú investigas en una dirección, yo puedo averiguar lo que me pidas, así no sospecharán de ti.

—No me digas que tienes la vena de investigadora privada —me burlé, levemente cínico.

—Como quieras. Ahora me doy cuenta de que no te importo nada, de que en tu cabeza sólo tiene lugar un ser, un ser bello y atrayente que ya está muerto. Mireya sólo puede ser en tu mente un espectro torturante, pero si tú eres masoca, es tu problema y no el mío.

—Espera, espera, no vayas a colgarme ahora después de lanzarme esa ráfaga de metrallera.

—Lo que haría es colgarte con el cordón del teléfono.

—Diablos con Emma, te creía más pacífica. ¿Se os pega a los psicoanalistas la locura de vuestros pacientes?

—No te fíes nunca de la pasividad de una mujer. ¿Cuándo nos vamos?

—Si la policía no lo impide, hoy mismo.

—¿Por el asesinato de Fish?

—Sí.

—Pero tú no eres sospechoso.

—No lo sé. Cuando los testigos somos interrogados por la policía siempre tenemos la sensación de ser culpables.

Me pregunté si Emma sería un problema más en Puerto Banús o sería realmente una ayuda. De todos modos, los momentos de soledad serían mejores si estaba acompañado.

La hermosa psicóloga no tenía problemas de represión sexual; por otra parte, corría el riesgo de que ella terminara psicoanalizándome, pero me dije que correría el albur.

—Roger, Roger, ¿estás ahí? —preguntó con su agradable voz desde el otro lado del hilo.

—Sí, *mon cheri*, llena el petate que nos largamos.

CAPÍTULO VII

—¿El enano?

El encargado de aquel «puticlub» me miró como si yo fuera un estafilococo a través del microscopio y casi con el peligro de contagio.

—Sí, el enano.

Movió la cabeza negativamente. Puse dos billetes sobre el mostrador, él los miró, sonrió y no alargó la mano para tocarlos.

—Por ahí andan media docena de enanos. Los hay para todos los gustos, desde muy respetables hasta los que se ofrecen para trabajos rebuscados, ya me entiende.

Al decir aquello de «ya me entiende», volvió sus ojos hacia Emma. La chica, en vez de turbarse, le replicó con una mirada glacial que cortó cualquier nuevo intento de aquel pajarraco por tratar de ensuciarle los oídos.

Tenía que arriesgarme y lo hice. Si me equivocaba, buscaría en otra parte. Puse un tercer billete sobre el mostrador y dije:

—El enano habla francés y no creo que esté aquí buscando trabajo.

—Un momento —pidió el encargado de aquel «puticlub».

Cogió los billetes y se fue a un rincón donde había cuatro mujeres de pieles tostadas, atractivamente vestidas y que no habían tenido buenas miradas para Emma.

Les habló y una de ellas, muy delgada y pequeña, le respondió hablando con rapidez.

—Si el enano que andas buscando es el que se hace llamar el Rey Soleil, viene por Puerto Banús, pero antes lo encontraréis en Marbella.

—¿En qué lugar? —pregunté antes de que me pidiera otro

billete.

—En el Club Bravo.

Nos largamos hacia Marbella en el automóvil que yo había tomado en alquiler mientras los neumáticos giraban veloces sobre el asfalto, cerca de un hermoso mar azul cotizado en los ambientes internacionales. Emma me preguntó:

—¿Crees que ese Rey Soleil será el personaje que buscas?

—Lo ignoro.

—Roger, me temo que tu pista es demasiado débil.

—Tienes razón, pero no poseo otra.

—¿Y si no es ese personaje?

—Seguiré buscando enanos.

—Puede que al final resulte una diversión entretenida, aunque mejor sería buscar en un circo.

—Los enanos siempre tienen problemas de vida. Han sido utilizados como bufones, aunque ellos hayan tenido muy pocas ganas de hacer reír, pero como no les es fácil encontrar trabajo, se convierten en bufones, ya sea en los circos o en ambientes donde se requiere a personajes grotescos. Ellos pagan los malos humores de los demás y a cambio exigen el dinero que necesitan para vivir, dinero que se les niega en otras profesiones que los dignificarían porque son personas como nosotros.

—Ha de ser duro nacer enano.

—Más duro que nacer es aguantar la vida y la mala leche del prójimo, claro que si ellos encuentran la posibilidad de vengarse, no la pierden.

No nos precipitamos a la búsqueda del enano Rey Soleil, no queríamos espantar la liebre, aunque podía ser que alguien ya le hubiera avisado por teléfono de que andábamos buscándole, y éste hubiese dado ya la «espantada». Málaga estaba cerca y también el aeropuerto o Algeciras, con sus buques listos para zarpar.

Si el enano tenía miedo de morir, podía escoger Pernambuco o la Patagonia, aunque en todas partes encontraría un clima caliente por las abundantes guerras que habían dejado de ser frías.

Cenamos frente a la playa, el lugar era muy agradable. La brisa nocturna procedente del estrecho de Gibraltar refrescaba las playas.

Allí estábamos lejos del frío que por aquellos días hacía en París. No había mucha gente en Marbella, no era la temporada estival,

cuando los veraneantes, que surgían como chinches de los rincones más insospechados, lo invadían todo. Ahora, estaban allí los habituales, los afortunados, los que gozaban a costa del sudor del prójimo.

—¿Quieres que caminemos un poco por la playa? —me preguntó Emma.

—Sí, claro —acepté.

No había nadie, ni un perro, nada. Las olas suaves morían en la arena sin apenas producir espuma, no había ni un rumor. La arena húmeda crujía bajo nuestros pies.

Íbamos cogidos de la mano. Era fácil dejarse llevar, olvidarse de todo, de Mireya. ¿Qué era Mireya ahora? Un cuerpo que se estaría transformando en esqueleto cuando tan hermoso había sido en vida. No, no podía olvidarme de ella, encontraría a sus asesinos.

—¿Piensas en Mireya? Sonreí con ligera amargura.

—¿Adivinas el pensamiento?

—Va a ser difícil sacar ese fantasma de tu cabeza.

—Encontraré a sus asesinos y luego arrancaré el fantasma de Mireya de mi sesera.

—Entonces, podrás gozar de nuevo del amor.

—¿Quieres decir que en París no gocé contigo?

—No del todo.

—¿Piensas que no estuve a la altura de las circunstancias? —pregunté, dejando a un lado mi orgullo machista, puesto a prueba ante una bella extranjera.

—Estoy segura de que estuviste bien, pero puedes estar mucho mejor.

—¿Tanto confías en mis posibilidades amorosas? —inquirí, un poco afectado.

—Sí.

—En ese caso, será bueno terminar cuanto antes con los asesinos de Mireya, así tú y yo lo pasaremos mejor.

—Esperemos que no nos maten —dijo ella comiendo abiertamente, dándome esperanzas.

La atraje hacia mí y la besé en los labios con habilidad; sin embargo, me di cuenta de que ella tenía razón, no le daba todo lo que yo era capaz de dar en semejantes situaciones.

—Vamos, se hace tarde.

Antes de subir al coche, giré bruscamente la cabeza y miré en derredor. Emma, percatándose de mis movimientos, también miró con mal disimulada inquietud.

—¿Has visto algo raro? —me preguntó.

—Tengo la impresión de que alguien nos sigue.

Emma volvió a mirar alrededor, aguzando la vista, buscando entre las sombras de la noche.

—No veo a nadie.

De pronto, por una calleja vimos aparecer a un lugareño que llevaba consigo un asno cargado de objetos de cerámica. Aquel hombre de tez cetrina y rostro anguloso canturreaba por lo bajo. Emma y yo nos miramos y luego nos echamos a reír.

No había mucha concurrencia en el Club Bravo, un local que apenas tenía anunciado el nombre en la fachada. Una puerta doble cerraba la entrada a los mirones y había que ser conocido de la «casa» o hablar en idioma extranjero para que te franquearan el paso. Emma y yo entramos hablando en francés.

Un camarero que vestía chaquetilla corta y pantalones ajustados, con camisa chorreada al estilo de la región, nos condujo a una mesa junto a la pared, cerca del «tablao». Algo más de la mitad de las mesas estaban vacías.

Tres guitarristas rasgueaban somnolientos las cuerdas y dejaban oír sus voces como lamentos. Era como si se quejasen de que les hubieran despertado de sus sueños.

Una mujer con bata de cola bailaba, taconeaba y hacía sonar las castañuelas. Faltaba animación al espectáculo; aquella bailaora era de quinta fila, pero, de pronto, apareció en el tablao un personaje esperpéntico.

—Ahí está —dije.

Emma clavó sus ojos en el enano, lo mismo que yo. Vestía una casaca dorada propia de Versalles en el siglo XVIII.

Comenzó a danzar grotescamente en torno a la bailaora a la que parecía perseguir sexualmente. Su actuación provocó hilaridad entre el público y la mujer seguía el juego del enano que apenas alcanzaba a cogerle los senos con las manos.

El enano cosechó aplausos y le pasaron un vaso de vino que él consumió de un solo trago. Hablaba en francés. Emma le hizo una señal para que se acercara a la mesa.

—*Madame, monsieur*, soy el Rey Soleil. ¿Vienen a ofrecerme regalos?

—Una copa de champán, de momento —le dijo Emma con gracia que pareció agradar al singular personaje.

Lo miré. Obviamente era muy corto de estatura, pero su cabeza era grande y se apoyaba en un cuello inexistente. La quijada caía sobre su pecho, muy abultado hacia adelante, parecía el pecho de un ave, con el esternón muy prominente. Su enanismo procedía en gran parte de la casi total falta de piernas.

—Tengo que hablarte de alguien —le dije directamente, a boca de jarro. El se dio cuenta de mi actitud y sonrió malignamente.

Era un hombre receloso que debía haber sufrido muchas burlas a lo largo de su vida. Tenía que haber vivido años de mucha amargura y luego de recelo hasta aprender a reírse de sí mismo el primero para que los demás se rieran también y le pagaran por esa hilaridad que él mismo provocaba.

—¿Nos conocemos, *monsieur*? —preguntó ladinamente, casi como un gato al acecho, dispuesto a desnudar sus garras.

—Tú y yo, no, pero sí conocías a Mireya.

Nada más pronunciar aquel nombre, la mirada del enano Rey Soleil cambió bruscamente. Antes de abrir la boca, se autocontroló y al fin dijo:

—No sé de quién me habla, *monsieur*.

—Lo sabes muy bien. He hecho muchos kilómetros para dar contigo y ahora no te voy a dejar escapar.

Emma le llenó la copa de champán, Rey Soleil la asió y se la bebió. Sonriendo, me preguntó:

—¿Y si sigo diciéndole que no sé de qué me habla?

—Te conviene hablar.

—¿Por qué?

—A Fish se lo han cargado, lo vi morir, vi sus ojos vidriosos, le vi sangrar por la boca.

La noticia no pareció gustarle al enano, que intentó abandonar la silla, pero yo alargué la mano, le cogí por el brazo y lo retuve.

—Suélteme, *monsieur*.

—¿Quieres ser tú el próximo?

—¿Usted ha matado a Fish?

Era evidente que había encontrado al hombre que buscaba y no

podía dejarlo escapar. No sabía en qué forma aquel personaje podía ayudarme en mi investigación, pero de lo que sí estaba seguro era de que no lo dejaría volar.

—Yo no he matado a Fish, yo era amigo de Mireya.

—¿Amigo de Mireya? —Tras una ligera pausa, preguntó—: ¿Es usted Roger?

Emma me miró y fue como si lo que yo le había contado hasta aquel momento quedara confirmado.

—El mismo. Si quieres, te enseño mi documentación.

—Sí, no me fío.

—Por lo menos, eres sincero.

Le mostré mi tarjeta de identidad.

Rey Soleil asintió con su enorme y desproporcionada cabeza.

—La reina me habló varias veces de ti.

—¿La reina? —preguntó Emma.

No era mi estilo mentir, pero en aquellos momentos necesitaba hacerlo por humanidad e interés.

El enano sonrió con tristeza antes de preguntar:

—¿De veras le habló de mí?

—Sí.

—Yo la adoraba. Sabía que ella jamás sería para mí, era algo especial, extraordinario. —Miró a Emma y dijo—: Usted también es muy hermosa, *mademoiselle*, pero es distinta; usted puede llegar a ser una excelente compañera, Mireya no. Ella era como una diosa, a veces perversa, a veces tierna. —Clavó sus ojos en mí y confesó—: Llegué a odiarle, *monsieur*.

—¿A mí?

—Sí, a usted. Usted fue el único hombre del que la reina habló bien. Le amaba, aunque más se amaba a sí misma, para eso era la reina. No, ella no se hubiera casado jamás, ni siquiera con usted.

—Lo sé —admití.

Rey Soleil sonrió como si acabara de alcanzar un pequeño triunfo.

—Hubiera dado mi vida por la reina, sí, la hubiera dado. Ella era la belleza. Usted también es hermosa —volvió a decirle a Emma—, pero Mireya era otra cosa. Yo jamás le negué nada, jamás se lo hubiera negado aunque me hubiera pedido mi propia muerte.

Emma, interesada, preguntó:

—¿Y cómo soportó la muerte de la reina?

—Mal, muy mal, estuve a punto de colgarme de una viga. —Se encogió de hombros, escupió una leve risita de asco hacia sí mismo y añadió—: Soy demasiado cobarde, con el cuerpo que tengo debía haberme ahorcado hace ya muchos años. Estoy en esta mierda de mundo para que se rían de mí y yo, ¿para qué vivo? ¿Para seguir comiendo y cagando? Con perdón, *mademoiselle*, con perdón. Si por lo menos alguien como Mireya me hubiera amado...

Pensé que aquel hombre necesitaba una inyección de optimismo y traté de dársela.

—Mireya me dijo que sólo confiaba en un hombre.

—¿Ah, sí? —preguntó, sarcástico.

—Sí, en Rey Soleil. La verdad, yo por aquellos días no sabía de quién me hablaba y tuve celos.

Sonrió con tristeza.

—Ahora se dará cuenta de que no había motivos para tenerlos, *monsieur*.

—Me dijo que confiaba en un hombre y el aspecto físico del hombre no cambia las circunstancias. Estoy buscando al asesino de Mireya, ¿quieres ayudarme?

CAPÍTULO VIII

Rey Soleil tenía un chalecito con una terraza que miraba al mar. No es que el mar quedara cerca, pero se podía ver a lo lejos si era de día.

Por la noche, el mar desaparecía y la distancia no permitía escuchar ni el rumor del oleaje.

No había ningún lujo en aquel chalecito de una sola planta, con una salita y dos habitaciones pequeñas.

Allí, Emma pudo ver las fotografías de Mireya; estaban por todas partes y en todas las posturas. Mireya en el mar, Mireya en el coche... Incluso, había una estatua a tamaño natural, Mireya estaba allí como una venus griega.

—Pagué diez mil dólares por esta estatua —confesó Rey Soleil. Tomó un clavel de un búcaro y lo puso entre los dedos de la estatua.

—¿Quién la hizo?

—Un modelista al que conocí, la hizo a través de fotografías y de lo que yo le contaba. La reina no supo jamás que mandé modelar esta estatua. La modelaron primero en arcilla, sacaron un molde y luego lo rellenaron de una materia nueva. Es una mezcla plástica que según me han contado es más indestructible que el mármol.

Emma comprendió entonces lo que aquel hombre enano adoraba a la extraña mujer asesinada.

—La estatua le hace justicia —opiné.

Emma observó al igual que yo la diferencia de estatura entre Rey Soleil y la propia Mireya. El enano no había querido reducir el tamaño de su diosa para así tenerla más asequible, la quería tal como era, aunque no enajara con sus propias medidas. Para Rey Soleil, Mireya había sido más, mucho más que una mujer.

Nos sentamos en la terraza. Hacía fresco, pero no era desagradable.

Yo había amado a Mireya, pero prefería no vivir rodeado de tantas fotografías ni de aquella estatua que tanto se le parecía y a la que sólo hacía falta insuflarle el espíritu de la desaparecida.

—Le ayudaré aunque sea lo último que haga en este perro mundo. Me convencí de que Rey Soleil estaba dispuesto a llegar hasta el final.

—¿Sabes quién es el tiburón blanco? —pregunté. Rey Soleil había comprendido muy bien la metáfora.

—No.

La lacónica respuesta no ayudaba mucho, pero no me desmoralicé e insistí.

—A la reina la asesinaron por algo, eso está claro.

—Sí, muy claro. Si encuentro al tipo que lo hizo y tengo una pistola en mi mano, juro que lo llenaré de plomo.

—¿En qué negocio se metió Mireya para que la mataran?

El enano encendió un grueso cigarro con cierta dificultad a causa de la brisa. Después de chuparlo con fruición, respondió:

—La reina se metió en muchos negocios complicados. Yo le había ayudado en algunos asuntos, ella confiaba en mí y lo cierto es que me pagaba bien. Cuando la reina me llamaba, yo acudía adonde fuera, ella me trataba con cariño y jamás se rió de mí.

—¿Eran negocios de AMIESA? —pregunté.

—Sí, aunque yo no preguntaba nada. La verdad es que me pedía que le escribiera cartas y resultaba extraño porque ella era una maravilla escribiendo, pero sé por qué lo hacía.

—¿Por qué? —quiso saber Emma.

—Ella me decía de viva voz lo que yo debía escribir y entonces yo lo redactaba a mi manera, con mi mentalidad. De esta forma, ella siempre quedaba al margen, lo mismo que cuando yo hacía algunas negociaciones por teléfono. Mi voz jamás se hubiera podido confundir con la de Mireya.

—Evidente —opiné—; es mucho más grave.

—No hice ninguna gestión de forma personal, aunque ella me llevó en su coche en varias ocasiones. Aunque parezca imposible, sentado sobre unos cojines, dentro de un coche, parezco un tipo normal.

—¿Cuál fue el último asunto que te encargó Mireya? —interrogué.

—Ahora ya no importa decirlo, la reina está muerta y hay que castigar al culpable. Yo solo no habría podido hacerlo, pero usted, *monsieur*, usted que la tuvo entre sus brazos, usted que tiene aspecto de guerrero o gladiador, usted sí puede encontrar al asesino.

Tuve intención de agradecerle lo que podía considerar un halago, más me contuve, no quería establecer comparaciones estúpidas entre Rey Soleil y yo.

Me convencí entonces de que por mucho que yo hubiera deseado y amado a Mireya, Rey Soleil la había amado más, sin conseguir nunca tenerla entre sus brazos.

Al fin, él confesó:

—Chantaje.

Quedamos unos momentos en suspenso, estaba francamente sorprendido. Había llegado a pensar que Mireya habría sido capaz de iniciar uno de aquellos sucios negocios que funcionaban a través de AMIESA, pero no había llegado a suponer que optara por el simple y siempre despreciable negocio del chantaje.

—Quiso hacerle chantaje al tiburón blanco.

—Así es como llamaba a su jefe máximo, ¿verdad? —pregunté. Recordaba que ella, en alguna ocasión, le había dado este apodo tras ver la película *Tiburón*.

—Sí.

—¿Te ofreció mucho?

—Me dijo que si todo salía bien no tendría que volver a hacer bufonadas por los clubs, que tendría dinero para pagar a otros que me hicieran reír a mí.

Emma inquirió:

—¿No le puntualizó ninguna cifra?

—No, y lo hubiera hecho lo mismo aunque no me pagara nada, aunque yo le di a entender que me iba muy bien ese dinero.

—¿Qué tenías que hacer? —pregunté.

—Unas llamadas.

—¿Por teléfono?

—Sí.

—¿En el propio país o internacionales?

—Internacionales.

—¿A quién llamabas?

—Al tiburón blanco —repitió Rey Soleil.

—¿Y cuál es el número?

A mi pregunta, respondió lacónico:

—No lo sé.

—¿No se acuerda? —inquirió Emma.

—Es que no lo he sabido nunca. Ella era quien marcaba el número en el aparato. Estaba a mi lado y me decía que por mi bien no era bueno que supiera demasiado. *Monsieur*, usted sabe lo convincente que era cuando deseaba serlo.

—Sí, muy convincente —admití.

Emma torció el gesto, parecía estar harta ya de oír hablar de Mireya y como si Rey Soleil leyera en su mente, cambió el tema y preguntó:

—¿Quién mató a Fish?

—No lo sabe ni la policía —confesé.

—Fish era un mal bicho.

—Eso me pareció a mí —admití.

—Mireya había hecho algunos tratos con él, yo le había visto tres o cuatro veces. Fish se aprovechaba de todo y de todos en cuanto podía, pero la reina sabía frenarlo.

—¿Y Cero Cero Siete?

Me miró interrogante, como preguntándose qué tanto sabía.

—Cero Cero Siete es el verdugo.

—¿Lo conocías?

—No. A Cero Cero Siete sólo le conoce el tiburón blanco y la madre que lo parió, pero deja su marca por donde pasa.

—Suponemos que fue él quien asesinó a Mireya.

—Yo también lo creo.

—¿Seguro que no conoces ninguna pista que nos pueda conducir a ese verdugo con licencia para matar? —insistí.

—No.

—¿No hay alguna forma para localizar al tiburón blanco?

Rey Soleil, visiblemente preocupado, volvió a responder negativamente.

—Ella no quería que supiera nada importante del asunto y no es que desconfiara de mí, creo que intentaba protegerme. Sabía que el tiburón blanco se revolvería con rabia y mataría a dentelladas a

quienes encontrarse involucrados en ese asunto del chantaje.

Tratando de ahondar en la investigación, pregunté:

—¿En qué consistía el chantaje?

—Le dije al tiburón blanco que sabía todo sobre el huevo.

—¿El huevo?, ¿qué es eso del huevo? —pregunté, interesado.

—No lo sé; está claro que era una clave, una contraseña que se empleaba en AMIESA y que Mireya conocía bien.

—¿Y qué dijo el tiburón blanco?

—Preguntó quién era yo. Por supuesto, no iba a decírselo.

—¿Y qué más sucedió?

—Le advertí que mi silencio iba a costarle diez millones.

—¿Diez millones de qué? —interrogó Emma.

—De dólares —respondió Rey Soleil.

—Pues el asunto del huevo debe ser muy importante para el tiburón blanco, cuando Mireya se atrevió a pedirle semejante cantidad —observé.

—Estaba segura de conseguirlos. Dijo que este asunto tenía muy nervioso al tiburón blanco, que era el gran asunto de su vida. Ella cogería el dinero, desaparecería y el tiburón blanco no llamaría a ninguna policía.

—Diez millones de dólares es mucho dinero —comentó Emma pensativa, dándole vueltas a la cifra.

—¿Crees que el tiburón blanco hubiera llegado a pagar? —pregunté.

—Sí, creo que sí. Yo le colgué el aparato en varias ocasiones y le dije que seguiría llamando.

—Y el asunto del huevo, ¿cómo está ahora? —inquirí.

—No lo sé —contestó Rey Soleil—; ni siquiera sé qué había dentro de ese huevo.

—¿Crees que podrás sacar algo en claro? —inquirió Emma, mirándome a los ojos.

—No lo sé, es muy poco lo conseguido hasta ahora. Además, todo funcionaba a base de claves y motes. El sicario internacional es el personaje literario de Ian Fleming, o sea, James Bond el 007. El cerebro que lo maneja todo y que se lleva la mejor parte del pastel es el tiburón blanco. La propia sociedad anónima de importación y exportación de productos manufacturados es AMIESA, otro nombre clave que en el fondo no significa nada. Y por si faltara poco, el

asunto sucio escogido por Mireya para hacer chantaje al tiburón blanco es el huevo... Esto no lo aclara ni un egiptólogo.

—¿Por qué crees que lo han complicado todo tanto? —preguntó Emma.

—Es evidente que han querido que todo permanezca en el más absoluto secreto. Creo que la única forma de averiguar algo será revisando a fondo el despacho que tenía Mireya.

—¿Crees que sacarás algo de allí?

—Es posible, no lo sé.

—¿Qué espera encontrar allí, *monsieur*? —preguntó Rey Soleil.

—No lo sé; pero tengo tan pocas pistas que debo agarrarme desesperadamente a la posibilidad de que haya quedado algo en el despacho de Mireya, algo sobre el asunto del «huevo».

—La reina era muy discreta, *monsieur* —me recordó el enano francés.

—Lo sé, pero quizá allá quedó una pista, en alguna parte debió dejar un mensaje por si el chantaje no le salía bien. Todos los chantajistas saben que su operación criminal puede salirles mal y suelen cubrirse la espalda.

—La reina estaba muy segura de que el tiburón blanco pagaría los diez millones.

De pronto, al enano se le apagó el cigarro. Automáticamente, le ofrecí la llama de mi encendedor y él se agachó para buscar el fuego cuando escuché un zumbido y un ruido que ya conocía.

Empujé a Rey Soleil hacia abajo, el cigarro dio contra mi rodilla y casi se lo hice tragar.

Cuando se levantó protestando, le señalé la saeta corta que se había clavado en el respaldo de la butaca. De no haberse inclinado, habría tenido la misma muerte que Fish.

—¡Al suelo! —exclamé.

Emma parecía asustada, pero Rey Soleil se irguió en la butaca, como desafiando a la muerte.

Yo salté por encima de la baranda. Ignoraba cuánto tiempo necesitaba aquel asesino para preparar otra saeta y dispararme, arriesgaba mi vida.

Vi una sombra a lo lejos, una sombra que se alejaba corriendo.

Sin pensarlo, la seguí a la carrera, pero había demasiada distancia entre ambos. Dobló por una calle, luego por otra dentro de

aquella urbanización de chalets próximos al mar. Oí el ronquido de un coche, corrí más y sentí que el aire me faltaba en los pulmones. Tenía la sensación de que mi pecho iba a estallar.

Llegué a tocar el coche con la mano, era un coche español. Sin encender las luces, se alejó, dándole el máximo de gas. Se me escapó, pero al verle pasar junto a una farola, pude verlo mejor. Algo me destacó a la vista pese a que en aquel momento no me apercibí de ello; había algo en aquel coche que llamó la atención de mi subconsciente.

El asesino consiguió escapar mientras yo buscaba aire para mis pulmones. Había corrido mucho más aprisa que el fugitivo; de no tener el coche ya esperando, le habría dado alcance; sin embargo, él había dejado el coche dispuesto para escapar. Había previsto una huida a toda prisa, lo mismo que hiciera en París después de matar a Fish.

De lo que no cabía duda era de que tenía buen ojo y que para él, la noche no mermaba sus facultades. El manejo de una ballesta moderna tampoco encerraba secretos para él, porque no cabía duda de que aquellas flechas cortas las disparaba con una ballesta Scorpio.

—¿Será ese hijo de perra el Cero Cero Siete? No obtuve respuesta alguna para mi pregunta.

CAPÍTULO IX

Devolvimos el coche alquilado a la agencia y a bordo del automóvil de Rey Soleil emprendimos el viaje, el largo viaje, más de mil kilómetros de asfalto.

El coche del enano francés era de los adaptados para minusválidos, es decir, carecía de pedales para freno, embrague y aceleración, allí todo se hacía con las manos.

Rey Soleil se sujetó bien con un cinturón de seguridad doble. Visto desde la calle, no podía suponerse que sus pies no llegaban al suelo del coche. Parecía un hombre de estatura media, tirando a baja, pero normal.

Emma y yo nos instalamos en la parte posterior del vehículo.

Sabía que las personas que tenían que conducir en condiciones difíciles ponían una mayor atención, por lo tanto las posibilidades de accidentes solían ser inferiores.

Rey Soleil nos sorprendió con la velocidad que imprimió a su potente vehículo que llevaba matrícula francesa. Emma me miró preocupada.

Yo comprendí que Rey Soleil no hacía alardes para demostrarnos que pese a su enanismo era tan buen conductor como un piloto de fórmula uno. No, no estaba alardeando de nada. Conducía a gran velocidad y sorteaba a los pesados y atronadores camiones con fría indiferencia, en forma aparentemente suicida porque en realidad no le importaba la muerte. Rey Soleil se había convencido de que después de morir la reina, él también tenía que morir, pues la vida ya no tenía objeto para él.

Confieso que arriesgaba mi vida por encontrar a los asesinos de Mireya, a Cero Cero Siete y al tiburón blanco, pero no tenía ningún deseo de morir a bordo de aquel vehículo y suponía que Emma

tampoco.

Me arrojé con la vanidad de pensar que Emma arriesgaba también su vida por estar junto a mí y dejé que los kilómetros fueran devorados por Rey Soleil que no daba sensación de cansancio pese a que yo vigilaba en silencio. Estaba dispuesto a pedirle que nos detuviéramos a descansar.

Cuando arribamos a la gran ciudad mediterránea, el enano francés no parecía agotado. Por otra parte, estaba muy lejos de una actitud bufa. Lo vi reconcentrado y me dije que podía contar con él para cualquier cosa, incluso para morir.

Lo que yo no sabía en aquel momento es que Rey Soleil llevaba una pistola con todo su cargador completo. Emma ya sabía que yo carecía de armas de fuego, pese a que en París le había contado que poseía una pistola con catorce balas, a punto de ser disparadas.

Les ofrecí mi apartamento que era antiguo y pequeño, aunque disponía de dos habitaciones. La decoración luminosa, gracias a las bombillas de muchos watios, hacía sentirse cómodo a cualquiera que allí se refugiara. Puse en marcha la cassette estéreo de alta fidelidad y el ambiente se llenó de agradable música.

Emma inquirió:

—¿Vives siempre aquí?

—Es mi refugio.

—No está mal.

—¿Te sentirías cómoda aquí?

—Sí, pero prefiero París.

—Lógico, allí tienes tu empleo.

—Sí, no pienso renunciar a mi profesión.

—Lo comprendo. ¿Crees que se puede vivir bien si hombre y mujer tienen profesiones dispares?

—Pienso que en esas condiciones, una pareja puede funcionar siempre que no se someta a los patrones de lo que hasta hoy ha sido una célula familiar.

—O sea, que no confías en un matrimonio duradero.

—Sí, pero no, no sé cómo explicarlo. Hoy en día, las mujeres somos más libres.

—Comprendo. Según tú, el hombre no debe enfadarse por llevar cuernos.

—En ese caso, también debería enfadarse la mujer porque el

hombre se acueste con otra.

Pensé que era más prudente rehuir aquella conversación. Con la libertad sexual, ganábamos en sinceridad, pero perdíamos muchas otras cosas que los hombres, durante milenios, habíamos considerado sagradas.

Sorprendí a Rey Soleil frente a una fotografía que yo tenía de Mireya. En ella, la hermosa mujer aparecía en bikini, era una foto dedicada.

Me acerqué a él con cuidado y le dije:

—Encontraremos a los asesinos. El tiburón blanco está preocupado, por eso viene tras de nosotros, por eso quiere asesinarlos. —Suspiré levemente—. Si quieres la foto, puedes quedártela.

Rey Soleil tuvo un impulso inicial de sacar el retrato del marco para quedárselo, pero se contuvo. Me miró sin rencor, sin animosidad. Yo había sido su rival sin saberlo.

—Te la dedicó a ti.

Estando en el chalet de Marbella me había preguntado a mí mismo si correría algún peligro dándole la espalda a Rey Soleil. Después de todo, yo había sido su rival, pero ahora me daba cuenta de que aquel hombre, que había sufrido su enanismo más psicológica que físicamente, no me haría ningún daño. Ambos queríamos lo mismo, aunque nunca se sabía lo que podía anidar un par de dedos por detrás de los ojos.

¿Rencor, odio, malignidad, sadismo, amistad, amor? La mente humana siempre sería un misterio para quien tratase de escudriñarla.

De una cosa sí estaba seguro y era que había algo en la gran cabeza del enano que podría ayudarnos a dar con el tiburón blanco.

Dejamos la habitación pequeña a Rey Soleil y Emma y yo nos refugiábamos en la mayor, es decir, en mi alcoba, que tenía una cama ancha en previsión de situaciones de antisoledad.

Estábamos fatigados por el largo viaje. Nos duchamos uno tras otro, comimos unos bocadillos y unas cervezas que habíamos subido y luego nos acostamos. No toqué el cuerpo de Emma pese a que estábamos muy cerca. Mi instinto me advertía que aquella noche debía respetarla.

La vi sumergirse con facilidad en un profundo sueño.

Cuando desperté me di cuenta de que era el último en abandonar la cama. El apartamento olía a café, a hogar, olía a refugio. Emma me tenía preparado un agradable desayuno.

—¿Y Rey Soleil? —pregunté.

Emma se encogió de hombros.

—Cuando me he levantado ya no estaba.

—De acuerdo, ya aparecerá.

—¿Qué opinas de él?

—Que no creo que la belleza del alma tenga nada que ver con la belleza del cuerpo. La culpa de esta mentira universal la deben tener los que pintaron la maldad con los rasgos de la fealdad física. Si leemos bien el libro sagrado nos dice que Luzbel era hermosísimo, el más bello de los ángeles.

—¿Qué ocurrirá si Rey Soleil encuentra al asesino de Mireya?

—Que va a tener problemas con la justicia porque lo matará. Tendremos que buscar a un buen abogado que calificará su acción homicida de obcecación mental transitoria.

—¿Crees que un tribunal se lo iba a tragar? —me preguntó Emma.

—Puede ser que sí; yo estaría convencido de ello.

Le di un beso y me fui directa y personalmente a las lujosas oficinas de AMIESA, agencia de manufacturados importación y exportación, sociedad anónima, lo que en resumidas cuentas quería decir «cualquier clase de negocio sin comprometerse a nada concreto y ocultando los nombres de quienes invertían su dinero en aquel negocio», dinero que como yo ya sabía, brotaba del manantial de unas financieras tras las que se escondían otros nombres anónimos.

Las oficinas de la compañía, amplias y espaciosas, continuaban con la misma decoración que yo ya conocía. Nada parecía haber cambiado allí, no en vano se habían invertido millones en aquella decoración a base de cueros, maderas y alfombras para que precisara ser cambiada.

Pasé por delante de una secretaria que estaba a cargo de una minicentralita telefónica, de los avisos de la portería y otras zarandajas.

—¿Qué desea, señor?

—Hablar con el actual gerifalte.

Me miró preocupada, no debía estar acostumbrada a que las visitas hablasen como yo acababa de hacerlo.

—Pero ¿por quién pide?

Imaginé a Mireya tras su amplia mesa escritorio. Jamás volvería a estar tras ella.

Una simple ojeada me bastó para darme cuenta de que no conocía a nadie de las escasas personas que allí trabajaban. Todo el personal había sido renovado. Después de todo, tampoco era mucho personal, aquellas oficinas comerciales no dejaban de ser una tapadera de los sucios negocios que se cocían.

—Quiero hablar con la persona que ocupa el puesto de Mireya. La telefonista me miró con ojos extrañados, interrogantes.

—¿De quién ha dicho?

—De Mireya.

—No sé de quién me habla.

Comprendí que en muy poco tiempo habían cambiado mucho las cosas. Mireya, que lo había sido todo, ahora ni siquiera era un fantasma en aquellas oficinas.

—Dígale al jefe que quiero hablarle.

—Lo siento, pero...

Comprendí que no hallaría facilidades con la telefonista y recepcionista y menos sin conocer el nombre del que ahora mandaba en la oficina. Eché a andar pese a que a mi espalda la joven que vestía jersey rayado y pantalones tejanos me llamaba.

—¡Señor, señor, no puede pasar, no puede!

Le hice el mismo caso que un automovilista al peatón que cruzaba por el paso cebra.

Conocía bien aquellas oficinas, allí me había encontrado con Mireya en varias ocasiones.

Pasé por delante de la gran ventana tras la cual solía estar Mireya en su amplia mesa escritorio. Allí no había nadie, por lo que me encaré con la puerta tapizada en piel justo cuando a mi espalda se colocaba la telefonista recepcionista y dos administrativos que tenían actitud de detenerse, aunque no se decidían, quizá porque yo era más alto que ellos y llevaba cara de mala leche.

Abrí la puerta con decisión y quedé frente a un hombre que se hallaba encajado en la gran butaca giratoria, un hombre delgado, y hubiera jurado que bajo de estatura pese a que no podía apreciarse

con exactitud por hallarse sentado. Tenía ojos pequeños y su cabello lacio estaba muy bien peinado, como si llevara engrudo a la inglesa. Incluso, su color rubio grisáceo le hacía parecer británico.

—Señor Tringer, se ha colado —exclamó la telefonista—. ¿Llamo a la policía?

Aquel hombre, en vez de encolerizarse, permaneció frío en su butaca. Sin apartar sus ojos de los míos me preguntó:

—¿Usted qué opina?, ¿llamamos a la policía?

—¿Me toma por un pingüino en el Sahara? Vamos, vamos, que yo sé qué negocios hay en esta empresa, si es que gusta de llamarla así.

—Déjenlo, yo me cuido de él. Usted, señorita, esté atenta al dictáfono.

Los empleados nos dejaron solos. Abrí la tabaquera de cuero que él tenía sobre la mesa y escogí un Montecristo. Con descaro y cinismo, lo despunté y le prendí fuego. El tal Tringer no parecía tener prisa por interrogarme, debía estar seguro de que al final él sería el ganador.

—Bueno, Tringer, ¿qué ha dicho la policía?

—¿Sobre qué? —preguntó, como si fuera un político de las Naciones Unidas que se hacía el desentendido de todo.

—Sobre el asesinato de Mireya.

Oprimió un resorte y el respaldo de su butaca de cuero se echó unos grados hacia atrás. Era un respaldo espléndido, con orejeras. Aquel hombre semejó ponerse más cómodo. Esbozó una sonrisa en su rostro angulado y después dijo:

—Oí contar que Mireya tenía amantes. ¿Era usted uno de ellos?

Palabra que tuve unas furiosas intenciones de darle un puñetazo en pleno hocico, un hocico de perro, pero me acordé de que no se debía maltratar a los chuchos y me contuve. Opté por dar una larga chupada al cigarro Montecristo, aquella labor tabaquera era una de las mejores.

Cuando hube vaciado mis pulmones de humo tras expulsarlo por mi boca como si fuera la chimenea de una fábrica, le dije:

—Tuve ese honor. Y a usted, ¿quién se lo cepilla, un gorila o un chimpancé?

Conseguí hacerle torcer el gesto de disgusto, lo que me proporcionó una íntima satisfacción.

—Si ha venido a insultarme haré que lo saquen de aquí de mala manera.

Me dije a mí mismo que me estaba comportando como un estúpido. Si quería sacar algo interesante de aquel tipo, provocarle no era el mejor sistema para conseguir mis propósitos.

—¿Tiene que ver con la policía? —me preguntó.

—No, pero ando investigando.

—Eso es un delito —me advirtió—. Usted no puede obstruir la acción de la justicia.

—Siento defraudarle, pero en mi caso no es delito.

—¿Ah, no?, ¿por qué?

—Soy periodista y estoy haciendo un reportaje sobre la Mafia internacional y sus conexiones.

Volvió a sonreír.

—A muchos, por menos, les han puesto el pijama de cemento. ¿No es así como lo llaman en las novelas?

—No se haga el gracioso. A Mireya la asesinaron porque aquí se cocía algo muy feo.

—¿Trata de acusar a la empresa de algo sucio? Le advierto que le puedo poner pleito por injurias y calumnias, aunque sea usted periodista.

—Dígale al tiburón blanco que el asunto del huevo —le dije con retintín— no está cocido del todo y corre el riesgo de pringarse los dedos, la boca e incluso de «espicharla».

—Tiene usted un lenguaje muy vulgar, amigo.

—Dígale al tiburón blanco que lo que no hizo Mireya voy a hacerlo yo.

—¿Y qué es lo que va a hacer?

—Comerme el huevo duro. Ah, y el que asesinaran a Fish no va a asustarme.

—No sé de qué me habla.

—Vamos, no se haga el sueco. Puede que sea usted mitad británico, mitad español o francés, no sé dónde lo han parido ni me importa, pero yo sé que ha sido el mismísimo tiburón blanco quien lo ha sentado en esa butaca. También sé que Cero Cero Siete está listo esperando por si alguien comete un fallo. Como usted sabe bien, tiene licencia para matar.

—No sé quién es usted en realidad, pero su conversación,

además de desagradable, resulta interesante. Puede que llame a la policía; a la justicia, sus palabras pueden parecerle aún más interesantes.

Esta vez me reí yo en clave de «je».

—Si cree que me voy a asustar como un ratón ante una cajita que pone «matarratas», se equivoca. Llame a la policía; nada más aceptable para mí. Si ya se estaban olvidando del caso Mireya, volverán a despejar sus neuronas y vendrán aquí de nuevo para ver si descubren algún cabo suelto que antes se les pudo pasar por alto. Imagino que tiburón blanco tendrá muchas ganas de cambiar el nombre a esta empresa «tapadera», es decir, dar de baja a AMIESA y hacer nacer otra empresa con un nombre parecido y que, evidentemente, llevaría los mismos negocios.

—¿Y cree que soy yo el que se asusta?

—Créame, Tringer, yo voy a hacer que los culpables de la muerte de Mireya paguen, claro que...

Hice una larga e intencionada pausa que aproveché para chupar el cigarro. La verdad es que lo utilizaba para impresionar, porque aquella clase de cigarros me apetecían más después de una sabrosa comida.

—Si el tiburón blanco paga los diez millones, puede que yo me esfume, olvidándome de muchas cosas.

Pensé que era un cobarde al decir aquello, pero sólo se trataba de provocar al tiburón blanco y a su corte de tiburoncetes.

—Insisto en que no sé de qué me habla.

—He dejado pasar un tiempo prudencial, la veda se abre de nuevo. Dígame al tiburón blanco que me encargará de levantarle un buen mausoleo a Mireya, eso correrá de mi cuenta en cuanto cobre.

—Lo único que yo puedo hacer es recomendarle a un psiquiatra amigo mío. Es evidente que la muerte de esa mujer, que según me dijeron era muy bella, le ha afectado excesivamente.

—Creo que ya hemos hablado bastante. Tiburón blanco ya sabrá dónde encontrarme, y que no se le ocurra emplear a Cero Cero Siete para quitarme de en medio, sería mucho peor. Le dejo veinticuatro horas para darme una respuesta satisfactoria.

Tringer no pudo aguantar más y preguntó:

—¿Y si no?

—El huevo se va a romper. Y cuando la cáscara se rompe, se

queda sin protección y el contenido se pierde. No creo que al tiburón blanco le interese perder este negocio.

Aplasté lo que me quedaba de cigarro en el cenicero y me dirigí hacia la puerta. Por un instante, pensé que Tringer podía sacar una pistola con silenciador y llenarme de plomo por la espalda, claro que hubiera sido un engorro sacar mi cadáver del mismísimo centro de la ciudad.

Acababa de dejar en aquel despacho una bomba de efecto retardado y no me cabía duda alguna de que la metralla de la explosión también podía alcanzarme a mí. Tringer no tardaría en llamar al tiburón blanco y lo que más lamentaba era no tener un aparato de escucha telefónica conectado en aquel despacho.

—Seguiremos hablando de este asunto en mejor ocasión —manifestó Carol—. Ahora, si no te imputa, voy a hablar con mi abogado. Quiero decirle algo muy importante.

Lark se encaminó hacia la puerta.

—Yo tengo que salir —dijo—. No te muevas de casa.

—Descuida, leñador. ¡Eh, te dejas la sierra!

—Dispensa... Quédate el revólver de Hays; podrías necesitarlo..., pero quítale el silenciador. A veces, basta el ruido de un disparo para espantar a la fiera, ¿entiendes?

—Sí, desde luego.

Lark abandonó la casa momentos después. Dickiss aguardaba en su taxi.

—¿Adónde vamos, señor?

—Al hotel. Estoy cubierto de polvo y de serrín y necesito darme un baño y cambiarme de ropa. Como no sé el tiempo que estaré en el hotel, puede marcharse y ya nos veremos...

—Oh, no, no, en absoluto —respondió Dickiss vivamente—. Este asunto se pone cada vez más interesante y no quiero perderme el final.

—¿De veras? —Lark se echó a reír—. Joe, ¿cuál será el final?

—Usted le pondrá la mano encima al asesino y luego se casará con la chica. Estoy muerto de curiosidad por saber quién es el asesino, jefe.

—Joe, puede que consiga lo primero pero, en cuanto a eso de casarme con la señorita Tracy... Sólo soy un leñador.

—¡Ja, ja! —dijo Dickiss muy serio—. ¿Un simple leñador y se

aloja en un «cinco estrellas»?

—Hombre, he pasado casi cinco años sin vacaciones y he ahorrado todos mis sueldos. Uno tiene que disfrutar alguna vez de los pequeños placeres de la vida, Joe.

—Es posible —contestó el taxista, no demasiado convencido sin embargo.

* * *

Cerca de mediodía, sonó el teléfono en la *suite* que ocupaba Lark. El joven levantó el aparato.

—Ken Lark —dijo.

CAPÍTULO X

—¿Has encontrado algo importante? —me preguntó Emma muy interesada cuando los dos nos reunimos en una cafetería.

—Todo ha cambiado.

—¿Todo?

—Sí. Hay un tipo llamado Tringer al que no conocía y no queda ninguno de los empleados del tiempo de Mireya. Todos son tan desconocidos que ni siquiera han oído hablar de ella. Son muy listos, saben correr un tupido velo sobre el pasado. Ponen empleados nuevos y así no hay que pedirles que guarden silencio, porque nadie sabe nada.

—¿Y los empleados antiguos?

—Estarán en otras empresas que, en cierto modo, se hallarán controlados por tiburón blanco o sus conchabados y de esas mismas empresas extraen los nuevos empleados previamente seleccionados, asegurándose así una fidelidad perruna.

—¿Y ahora qué?

—He preparado una trampa.

—¿Una trampa, y dará resultado?

—Espero que sí. Los pondré nerviosos y tendrán que actuar.

—¿Tan crédulos los supones?

—Cuando se está al margen de la ley, cuando se tiene mucho que perder, cualquier cebo es tragado con facilidad.

—Yo no estarla tan segura; me parecen demasiado poderosos. Me encogí levemente de hombros para decir después:

—No tengo otra fórmula, supongo que la policía ha investigado sin conseguir nada. Ahora, nosotros sabemos lo suficiente sobre tiburón blanco y sus negocios; si no traga el anzuelo, le buscaré problemas.

—Eres muy optimista, Roger. ¿Qué es lo que sabemos, en realidad?

—Que AMIESA opera con negocios sucios.

—Eso no puedes demostrarlo; no creo que sean tan idiotas como para tener documentos comprometedores en las oficinas de la compañía.

—Está el tiburón blanco.

—No le conoces, no sabes ni su nombre.

—Sí, ya lo sé, pero existe, lo mismo que Cero Cero Siete o el tipo que se esconde tras ese apodo de novela de aventuras.

—Todo lo que dices es muy poco. La policía no movería un solo dedo con esos datos.

—¿Y el huevo?

Emma se echó a reír. Confieso que aún no la había visto reír de aquella forma y tuvo la virtud de sorprenderme. Soltaba una carcajada clara y limpia que incluso me puso de buen humor, lo que ya era difícil después de ver la cara de Tringer, el nuevo jefe u hombre de paja de la maldita empresa de importaciones y exportaciones.

—¿Qué crees que puedes conseguir con el huevo?

—Todo.

—¿De qué manera?

—No lo sé, pero es la clave.

De pronto descubrí a Rey Soleil que se dirigía a mi apartamento. Me asomé a la puerta de la cafetería y di un fuerte silbido que le obligó a volver la cabeza. Bastó un movimiento de mano para que viniera hacia nosotros y, al poco, estábamos los tres sentados en torno a la mesa.

—¿Has averiguado algo? —le pregunté.

—Sí.

Aquella respuesta afirmativa, sin objeciones, nos dejó en suspenso a Emma y a mí. El enano francés había conseguido algo, ¿qué sería?

—Vamos —le pedí.

—El teléfono.

Le observé fijamente.

—¿El teléfono de tiburón blanco?

—Sí.

—Oye, eso es fantástico —dije con sinceridad. Emma preguntó:

—¿Cómo has podido averiguarlo?

—He acudido a un lugar adonde solía ver a Mireya. Allí he estado revolviendo papeles, recordando.

—¿Seguro que es el teléfono del tiburón blanco? —insistió Emma.

—Seguro, he hablado con él.

Emma y yo volvimos a quedar sorprendidos. Rey Soleil había comenzado a operar por sí mismo, tiburón blanco se sentiría acosado.

—¿Qué le has dicho? —pregunté.

—Que sigo pidiendo los diez millones por el asunto del huevo. Miré a Emma y le pregunté:

—¿Ya no te ríes?

—Creo que la situación se esté volviendo muy peligrosa. No sé quién será el dichoso tiburón blanco, pero...

—¿Qué te ha respondido él?

—Que se pondrá de acuerdo conmigo.

—Has sido más rápido que yo —le observé—; tú has llegado antes al tiburón blanco.

¿Puedes darme ese número?

—Permíteme que me lo reserve por ahora, si no te importa.

Hubiera deseado conocer el teléfono, pero pensé que Rey Soleil tenía derecho a reservárselo. Emma clarificó:

—Después de todo, aunque dieras ese número a la policía, ¿de qué podrían acusarle?

—Creo que de nada —respondió el propio Rey Soleil.

—Cierto, de nada —admití—. Tiburón blanco sólo quedaría como un consejero de la compañía, nada más, ni siquiera podemos demostrar que ha sido Cero Cero Siete.

—¿No crees que la policía sabrá más de todo esto que nosotros? —preguntó Emma.

—Seguramente —respondí—, pero por lo visto la policía se encuentra en un punto muerto. —Volví mi rostro hacia el enano francés y le pregunté: ¿El tiburón blanco está en Francia, en Inglaterra, en América, en España o en Italia?

—Permíteme que me lo reserve.

—¿Por qué tanta reserva? —le pregunté abiertamente.

—La próxima víctima de Cero Cero Siete seré yo. No importa que yo muera si tú atrapas al asesino de Mireya cuando me estén matando a mí.

Sabía que Rey Soleil no hablaba por hablar, estaba dispuesto a morir, en el fondo lo deseaba. No se atrevía a suicidarse y quizá no fuera por miedo a ejecutarse a sí mismo, sino un freno puesto por sus creencias religiosas. No quería ahondar en sus problemas, problemas que le pertenecían a él y no a mí. Estaba ofreciendo su vida para que yo pudiera atrapar al asesino, quizá Rey Soleil confiaba excesivamente en mí.

—Aquí no va a morir nadie —le dije, tratando de influir en su estado de ánimo. Emma, preocupada, inquirió:

—¿Por qué no dejamos que la policía resuelva todo esto?

—Porque la policía puede hacer poco cuando los asesinos son internacionales y saltan las fronteras con suma facilidad. La policía puede hacer mucho con el simple ratero o el atracador de bancos que da la cara, pero muy poco contra el que contrata a sicarios, a tipos que nada tiene que ver con las víctimas. Los que pagan a los asesinos a sueldo, muy pocas veces terminan con sus huesos en la cárcel, suelen tener buenas coartadas y dinero. Sí, el dinero es lo que aleja a la policía de los criminales más poderosos, por eso hay que intervenir, aunque arriesgamos nuestras vidas.

—Yo estoy contigo —dijo Rey Soleil.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Emma—. Si estamos juntos, nos matarán a los tres.

—Nos separaremos de forma prudencial, nos vigilaremos mutuamente —le dije.

—Yo me moveré solo —dijo Rey Soleil—. He preparado una cita con el tiburón blanco y lo más probable es que en vez de aparecer el tiburón blanco venga Cero Cero Siete para matarme.

—¿Cuándo y dónde es esa cita? —pregunté.

CAPÍTULO XI

—¿Qué te ocurre?

A la pregunta de Emma, respondí:

—Pienso.

—Eso siempre es bueno, pero ¿sobre qué?

—Tiburón blanco va a sospechar algo feo.

—¿Lo dices por ti o por Rey Soleil?

—Por los dos. Demasiados cebos, es posible que no se trague ninguno.

—O los dos —objetó ella.

—Ojalá fuera así; de una forma u otra, le cazaríamos.

—¿De verdad piensas que puedes cazar a un personaje de tan altos vuelos como tiburón blanco?

Por unos momentos pensé que Emma tenía razón. Era demasiada pretensión la mía, pero, como decían los chinos, un camino largo y difícil comienza con un primer paso. Después, ya veríamos.

—Te vas a quedar en el coche y no vas a moverte de aquí —le dije a Emma.

—Por favor, no te arriesgues. Ellos son profesionales del crimen, esto no es un telefilme americano; esos hombres viven para matar.

—Lo sé, son expertos en cargarse al prójimo.

—Te matarán, tú no llevas armas.

—No puedo ni debo llevarlas. En cuanto a matarme... todavía no lo han hecho.

—Te matarán, Roger, te matarán.

—Pareces muy segura.

Hubiera deseado echar un trago como hacían los «investigadores privados» de las películas americanas, pero no tenía nada que tomar.

Rey Soleil había acudido a un diminuto apartamento a las afueras de la ciudad, cerca de las playas. Ahora sabía que aquel mini apartamento (pues a lo sumo tendría treinta metros cuadrados) era un refugio de emergencia que Mireya había tenido en vida. Yo no conocía aquel escondite, por lo que cabía admitir que ella tenía algunos Secretillos que no había compartido conmigo.

El enano francés sí conocía el lugar y había estado un par de ocasiones dentro de él.

Rey Soleil se había refugiado en el apartamento; ignoro cómo había conseguido la llave. Anduve tras unos setos, a distancia; en mis manos tenía unos prismáticos.

Rey Soleil había encendido la luz y pasó por delante de la ventana para que se le viera bien.

Yo no estaba seguro de que tiburón blanco o alguno de sus secuaces acudieran por allí; en cambio, el enano francés sí parecía convencido de lo que hacía.

Después de todo, él aseguraba haber hablado con el tiburón blanco por teléfono tal como ya había hecho cuando Mireya vivía y habían comenzado la operación «chantaje».

Vi pasar a un perro de tamaño grande. Era un bastardo de poderosas mandíbulas. Debía haberse convertido en jefe de alguna partida de perros perdidos; otros le seguían a distancia. Debían andar buscando comida, desperdicios.

De pronto, el animal se puso a ladrar furiosamente frente a un espeso seto que circundaba el jardín del pequeño bloque de apartamentos en el que se había metido Rey Soleil.

Pensé que aquel perro debía haber descubierto a algún gato oculto. Tres perros más se le acercaron a hacerle coro cuando en medio de los ladridos se produjo un chasquido apenas perceptible.

Vi al animal enroscarse sobre sí mismo y caer. Sobre la tierra dio botes espasmódicos.

Utilizando los prismáticos descubrí que de su cuerpo asomaba un palito y no me cupo dudar de lo que era. Volvió a oírse otro ligerísimo chasquido, amortiguado por los ladridos de otros perros.

Otro de los animales fue alcanzado, esta vez en la boca. La flecha le penetró entre los colmillos.

Los otros perros, más cobardones, al ver heridos de muerte a los que consideraban sus jefes, optaron por huir.

«¡Diablos, está ahí!», me dije.

Con el riesgo de que me atravesaran con una de aquellas mortíferas flechas lanzadas por la moderna ballesta, pequeña y de gran poder, rodeé los setos.

Descubrí una sombra humana y me lancé sobre ella cuando algo pasó rozando mi oreja derecha. Sentí una terrible quemazón en ella.

Derribé al hombre y tras darle un puñetazo, conseguí desarmarle. El se defendió con menos fuerza de la que yo esperaba y me resultó relativamente fácil vencerle.

Notaba su agitada respiración, se había quedado sin aire.

—¡Vamos, asesino! —le rugí, cogiéndole por las solapas de la cazadora de cuero que llevaba.

—¡Mátame, mátame! —Gruñó casi sin voz, espumeándole la boca.

Lo levanté, lo cacheé sin que opusiera resistencia y después recogí la ballesta.

Lo llevé a empujones hacia la puerta y luego a la escalera que conducía al mini apartamento de Mireya. Golpeé con fuerza la puerta y cuando Rey Soleil la abrió, empujé a mi prisionero hasta derribarlo contra el pequeño sofá.

Rey Soleil me observó, interrogante. Le mostré la ballesta y dije:

—Le he cazado antes de que te asesinara. Dos perros lo han descubierto y ha tenido que matarlos con esto.

—¿Es el hombre que me disparó en Marbella?

Me volví hacia mi prisionero, que seguía falto de aire.

Entonces me di cuenta de que era un tipo ya mayor, algo pasado de peso y que se agotaba con facilidad. Recordé la persecución de Marbella y recordé también que había estado a punto de alcanzarle.

—¿Eres el que se hace llamar Cero Cero Siete? —pregunté abiertamente, sin tapujos.

—¿Qué haremos con él? —preguntó Rey Soleil.

Miré una vez más a aquel hombre en cuyo rostro había algo que me resultaba familiar y no sabía qué era. Tenía la impresión de haberle visto y no recordaba cuándo ni dónde.

—He hecho lo que he podido —musitó, agotado.

—Si, ha hecho lo que ha podido —gruñí—. ¿A cuántos hombres ha matado?

Aquel individuo, que cada vez me parecía más mayor, más

acabado, reconoció:

—Uno.

—¿Sólo a uno? Si eres Cero Cero Siete... Rey Soleil objetó:

—Yo no me lo creo.

—Yo no soy ese que dicen, no lo soy.

—Entonces, ¿quién eres? —pregunté, dispuesto a sonsacarle toda la verdad.

Había visto a Fish morir delante de mí a causa de una saeta disparada sin duda por aquella ballesta.

—Soy el padre de Mireya.

Al oír aquella confesión, la luz se hizo en mi mente. No había visto jamás a aquel hombre, pero, efectivamente, tenía rasgos que recordaban a la hermosa mujer asesinada. Rey Soleil me miró, también desconcertado.

—¿El padre de Mireya?; ¿y qué hacía con esto?

Le mostré la ballesta asesina, pequeña, pero de gran potencia de tiro. Un arma desmontable que podía guardarse en una reducida bolsa de deporte.

—Me juré a mí mismo hacer justicia, acabar con los asesinos de mi hija.

—Yo no asesiné a Mireya —clarificó Rey Soleil.

El padre de la desaparecida mujer le miró preocupado.

—Lo siento, yo no lo sabía.

—¿Estaba usted dispuesto a asesinar a todo el mundo? —pregunté, tratando de imprimir dureza a mis palabras.

—Yo le seguía a usted. Sabía que era periodista y amigo de Mireya, ella misma me lo había contado. Vi lo que ocurrió en París.

—Ahora lo entiendo... Usted se dijo que cualquiera que hubiera tenido que ver con Mireya era un posible asesino y ¡zas! Disparaba la ballesta y uno menos.

—Si la justicia no puede con los asesinos, yo sí que puedo.

—Usted está loco; ésa no es forma de hacer justicia. Además, ha estado a punto de asesinar a un inocente, a un hombre que desea lo mismo que usted y que yo.

—No lo sabía —confesó—. Yo tenía fotografías de Mireya y estaba dispuesto a eliminar a todos los que tuvieron que ver con ella y con su muerte.

—Oiga, usted se va a estar quieto. ¿Cómo se llama?

—Alejo.

—Bien, Alejo, me figuro que es usted campeón de esto. —Le mostré una vez más la temible y eficaz ballesta—. Pero se acabó. En este país no ha asesinado a nadie, pero en Francia sí.

—¿Qué va a hacer?

—Exigirle que se esté quieto y también le denunciaré.

—¿Me delatará? —preguntó, sin demasiada preocupación.

Era un hombre que se sentía ya en la pendiente final de su vida, quizá por el profundo agotamiento que experimentaba.

—Sí, enviaré una carta a la policía judicial de París y les diré que me encontré con el hombre que asesinó a Fish y que usted ha confesado su crimen.

—¿Y qué pasará conmigo?

—Lo ignoro; supongo que se iniciará un proceso de extradición.

—No me cogerán vivo, no. Antes, he de acabar con los asesinos de Mireya.

Rey Soleil se dejó caer pesadamente en una butaca, sus pequeños pies se balancearon en el aire sin llegar al suelo.

—Yo no lo denunciaría —rezongó—; ¿para qué? Lo único que ha hecho es cargarse a un hampón que probablemente tuvo que ver con la muerte de Mireya.

—De todos modos, no se puede ir por ahí armado asesinando a la gente. Si sospechaba de él, tenía que denunciarlo.

—Roger —me dijo el enano, pesadamente—, estás hablando del padre de Mireya. Te juro que yo haré lo mismo en cuanto pueda.

Comprendí que quien necesitaba sentarse era yo y también tomar un trago.

Pensé que Emma estaba sola en el coche y debía ir a buscarla. Ni tiburón blanco ni su verdugo se presentarían aquella noche después de lo ocurrido; la intromisión del padre de Mireya debía haber espantado a la caza mayor.

—De acuerdo, por ahora no diré nada. Después de todo, estoy en otro país y Francia no es mi patria, pero ¿puedo confiar en su palabra de que a partir de ahora se portará bien?

Se me enfrentó y preguntó con amargura:

—¿Qué es para usted portarse bien? ¿Dejar que los asesinos de mi hija sigan adelante como si nada sucediera?

—No, por supuesto que no. En cuanto los descubra, yo mismo

los pondré en manos de la justicia.

—¿Cree que lo conseguirá?

—Naturalmente. Ande, tutéeme, estamos embarcados en la misma aventura.

—Yo creo que lo conseguirá —opinó Rey Soleil, añadiendo—: Roger fue el amante de Mireya.

—Lo sabía.

Ante la confesión del padre, el enano francés puntualizó:

—Roger tiene la cabeza fría, sabe lo que se hace. Me volví hacia Alejo para preguntarle:

—¿Sabía en qué negocio andaba metida su hija?

—Sí.

Contuve la respiración. Aquella rotunda afirmación podía ser sólo fruto de la ignorancia o, por lo menos, de una ignorancia parcial. ¿Qué entendería aquel campeón de tiro con ballesta por negocios en los que estaba metida Mireya?

—¿Qué es lo que sabía?

—Esto.

Abrió la cartera y sacó unos billetes, eran de diez dólares.

Yo tomé un billete y lo observé muy bien, de un lado y de otro. Al fin, casi como un estúpido, dije:

—Es un billete americano, dólares del tío Sam y pone «diez dólares».

—Exacto.

—¿Dónde está el cogollo de este asunto? —pregunté.

—Son falsos.

—¡Dios! —Brinqué.

Rey Soleil también se había puesto tenso. Arrebató el billete de las manos de Alejo y lo estuvo observando durante breves instantes. Al fin, opinó:

—Juraría que es bueno y yo conozco los dólares americanos. El campeón de tiro con ballesta admitió:

—Son perfectos, incluso pasan por un envejecimiento rápido, pero son falsos. No los hacía mi hija, pero yo sabía que los manejaba. Le advertí que eso era muy peligroso.

—De modo que manejaba dólares americanos falsos... ¿Y de qué forma? —pregunté.

—No lo sé, pero ella tenía billetes.

—¿Dónde?

—Tampoco lo sé, pero sé que los billetes se hacen aquí, en esta ciudad. Hay unos verdaderos artistas.

—¿Qué opinas, Rey Soleil? ¿Es éste el asunto del «huevo»?

—Podría ser —opinó—, podría ser. Lo difícil de los billetes falsos es pasarlos, aunque éstos tienen muy buen aspecto. A mí, por lo menos, me los pasarían.

—¿Y a un Banco? —inquirí.

—Podemos probarlo —respondió Rey Soleil. Alejo dijo:

—Yo lo probé con un cajero y pasó.

—De todos modos, yo que soy extranjero aquí puedo probarlo y si sale mal, pediré excusas. Lo ingresaré en mi propia cuenta.

—Corres el riesgo de que la policía se te eché encima —le observé.

—No tengo antecedentes. Siempre puedo explicar que ese billete me lo ha regalado un amigo por un favor que le he hecho, ya saben, buscarle una chica o indicarle el mejor lugar para tomar unas copas.

—Pero ¿de veras es falso? —insistí, mirando al campeón de tiro con ballesta.

—Sí, falso. Mireya no tenía por qué mentirme. Volví a observar el billete y dije:

—Si no fuera porque me pondrían al FBI pegado a los talones, iría al consulado americano y pediría ratificación de la falsedad de este billete. De todos modos, tú vas a colocarlo en tu propia cuenta corriente, pero de aquí que no salga este asunto.

¿Entendido?

CAPÍTULO XII

—¿Diga?

Aqué! fue un momento importante para mí.

Acababa de oír por primera vez la voz de tiburón blanco, había conseguido que el enano francés me facilitara el número de teléfono.

—Hola, tiburón blanco.

Hice una pausa para asegurarme de que aquel tipo continuaba al otro lado del hilo telefónico y pude oír hasta su respiración.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó con voz oscura, en tono quejoso y amenazador al mismo tiempo, una voz que me sonó lejana. Lo que sabía ahora era que el tiburón blanco estaba en París.

—Le dije a Tringer que quería los diez millones.

—No sea estúpido, olvídense de todo y le irá mejor.

—Diez millones pueden hacer olvidar la justicia, ¿no cree?

—No sabía que fuera un cínico —me replicó. El diálogo se ponía interesante.

—Oiga, tiburón blanco, ya le dije a Tringer que sabía lo del huevo. Por cierto, ¿a quién se le ocurrió esta clave?

—Tú no sabes nada, bastardo, y te conviene seguir así si quieres continuar vivo.

—¿Ah, sí? ¿Y los dólares? ¿Quiere que le hable de los dólares?

Noté que le había cambiado ligeramente la voz tras la larga pausa que hizo.

—¿Quién te ha contado eso?

—Diez millones, pero de los buenos, ya me entiende, no quiero papel de imprenta. Le doy veinticuatro horas para reunidos. Le volveré a llamar y no me envíe a Cero Cero Siete porque yo no voy a caer como Mireya.

—Un momento, Roger Xai...

—Todos los que quiera. Por diez millones, todos los que quiera.

Me di cuenta de que había conseguido asustarle... Aquel tipo estaba preocupado, lo estaba pasando mal. Debía estar sudando aunque hiciera frío. Era como si, de pronto, se hubiese sentado encima de un radiador.

—Yo fui el amante de Mireya y quiero el dinero para poder encontrar a una mujer que se le parezca.

—¿Una zorra con pedigree?

—¿Por qué no? El dinero lo puede todo. ¿No es así como piensa tiburón blanco?

—¿Y si no pago?

—Le hundo el chiringuito.

—¿El qué?

—Es una forma de hablar en mi país. Digamos que le deshago el negocio del huevo y le hundo AMIESA, aunque sé perfectamente que el nombre de esa empresa significa muy poco. Se hace desaparecer, se monta otra empresa con diferente nombre, se utilizan las mismas oficinas y asunto concluido.

—Estás pisando en falso y te vas a hundir.

—Puede, pero si yo me hundo, se hunde usted también y el negocio de los dólares. A Mireya la pudieron sorprender, pero a mí no será tan fácil.

Aguanté el auricular. Podía haber colgado dejándolo furioso al otro lado del hilo telefónico, pero quería hacerlo entrar en la ratonera suavemente, sin brusquedad, o sería un pésimo trampero. Si se ponía furioso, arremetería contra mí. Quizá, en el momento adecuado para darle el último empujón, sí sería bueno provocarlo como se provoca a un toro que arremete contra el trapo rojo.

—Quizá nos pongamos de acuerdo. Sonreí.

Tiburón blanco comenzaba a claudicar o, cuando menos, quería dar esa apariencia.

—Volveré a llamarle. Vaya haciendo el paquete de los diez millones y nada de billetes como los que tenía Mireya.

Colgué, no juzgué necesaria ninguna despedida.

Había hablado ya con tiburón blanco, una voz apenas audible, ronca, lejana, pero había hablado con él y eso era lo importante. No era un fantasma.

Rey Soleil preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperar.

—¿Dejarles que se preparen para matarnos?

—No lo intentarán.

—Yo creo que sí.

Miré al enano francés. No parecía hablar por hablar, estaba seguro de su vaticinio y, después de todo, él conocía a aquellos tipos mejor que yo.

Para los asuntos de negocios sucios, Mireya había confiado en él y no en mí. Yo había sido su pasión y ella, la mía, habíamos gozado juntos, pero el confidente de la extraña mujer había sido Rey Soleil, quizá porque ella se había percatado de la absoluta fidelidad de aquel hombre torturado por el enanismo que lo había marginado.

—Sería mejor que te armaras —me sugirió Rey Soleil.

—No.

—Si te sorprenden, ¿cómo vas a defenderte? Me encogí de hombros.

—Cuando llegue la ocasión, lo sabré.

Me di cuenta de que, en aquellos momentos, el que parecía un suicida era yo y no el Rey Soleil. Estaba dispuesto a no llevar armas conmigo, no debía llevarlas, yo no era la Ley. Si podía, entregaría a aquellos tipos a la Ley, pero no podía usar armas.

—Después de todo —dije— si te ponen un petardo en el coche no habrá forma de defenderse.

Rey Soleil dijo, muy seguro:

—Esta vez no lo harán.

Medité unos instantes, encarado con la ventana, mirando a través de ella hacia la ciudad.

—Comprendo. Esta vez tratarán de asegurarse de que no va a quedar ninguna información posterior que les perjudique.

—Sí. Se habrán dado cuenta de que la muerte de Mireya no les liberó del problema.

—Si te hubieran asesinado a ti... —dije, mirándole.

—Tiburón blanco sólo conoce de mí la voz.

Nos reunimos con Emma en el centro de la ciudad, había pasado por la peluquería. Era sorprendente cómo una mujer podía meterse en una peluquería cuando tantos peligros la cercaban.

Recordé a Mireya y me dije que para ella también era muy importante el vestido, la peluquería, sus maquillajes sofisticados.

Emma nos preguntó:

—¿Qué habéis conseguido?

—Tiburón blanco dice que pagará. Me miró, sorprendida.

—¿Y lo has creído?

—No del todo. Lo que hará es tratar de cogernos por sorpresa.

—Estaremos preparados —puntualizó Rey Soleil.

—Nos refugiaremos en el mini apartamento de Mireya. Allí no nos encontrarán. Dejaremos pasar las horas. Tiburón blanco estará preparado.

—¿No habéis jugado demasiado fuerte? —aventuró Emma.

—En este juego hay que jugar fuerte —repliqué—. De lo contrario, nada íbamos a conseguir.

—¿Con lo que habéis averiguado no podíais ir ya a la policía?

—No hay pruebas suficientes —dije—. Hay que atrapar mejor a tiburón blanco.

—Ese hombre no se dejará atrapar jamás. Enviaré a otro en su lugar.

—Es posible —admití—, pero si no quiere perder tanto dinero tratará de llevar el negocio por sí mismo. Estará convencido de que con Mireya fallaron y no querrá que vuelva a ocurrir lo mismo.

—Quizá —admitió Emma. Con un corto suspiro, confesó—: Tengo ganas de que todo esto termine.

—¿Para volver a tu hospital a psicoanalizar a tus locuelos?

—En parte.

—¿Y la otra parte?

—Me gustaría vivir contigo, felizmente, sin que los recuerdos te torturen más. Cuando Rey Soleil se hubo alejado unos pasos, le dije a Emma:

—Palabra que cuando tiburón blanco haya caído en la trampa yo olvidaré el nombre de Mireya.

—¿De veras? —preguntó, visiblemente escéptica.

Le cogí la cara con las manos y la besé en los labios. No fue un beso apasionado, fue un beso de cariño, de confianza y de esperanza. Era un preludio de lo que podía venir después.

CAPÍTULO XIII

Un taxi arribó frente al pequeño edificio de apartamentos, precisamente cuando habíamos dejado de hablar del padre de Mireya, al que habíamos pedido que volviera a su vida habitual y dejara dormir su ballesta justiciera.

—No le conozco —dijo Rey Soleil.

Cuando me asomé a la ventana, ya era tarde, el hombre que acababa de apearse del taxi se había adentrado en el portal.

—No vendrá aquí —dijo Emma—. Nadie sabe que estamos refugiados en este apartamento.

—Por si acaso, estaré preparado —dijo Rey Soleil, mostrando su pistola.

Yo sabía que aquel arma no era una simple detonadora. Con aquella pistola, el enano francés podía matar y lo haría en cuanto se le pusiera delante tiburón blanco.

—Sube por la escalera —avisó Rey Soleil, que había abierto con sigilo y vuelto a cerrar.

—Si no quiere pasar desapercibido, es que no viene a buscarnos problemas —dije.

—¿Quién será? —preguntó Emma.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta del apartamento.

Rey Soleil pegó su espalda a la pared, justo al lado de la puerta. Tenía empuñada la pistola y el cañón de la misma apuntaba al techo.

Quise decirle algo, pero comprendí que incluso unos cuchicheos serían oídos desde el otro lado de la madera.

Sonó el llamador.

Rey Soleil y Emma me miraron. Abrí la puerta limpiamente, sin tomar ninguna precaución, y miré al hombre que estaba delante de

mí, a apenas tres palmos de distancia.

Le reconocí de inmediato.

—Comisario Négre...

Sonrió. Sacó su pipa y antes de llevársela a la boca, preguntó:

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Me hice a un lado y el comisario Négre se internó en el pequeño apartamento. Miró a Emma y luego a Rey Soleil, que había escondido precipitadamente su pistola.

—Veo que no está solo —comentó, antes de sacar su paquete de tabaco y proceder a llenar con él la cazoleta de la pipa.

—¿Qué hace aquí, comisario Négre?

—He venido a charlar con usted. Por supuesto, aquí no tengo jurisdicción. Pido permiso para cruzar una puerta y no llevo armas.

Cuando hube cerrado la puerta y antes de presentar a nadie, le pregunté:

—¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

—Pedí a la Interpol que le siguiera.

—¿La Interpol? —repetí, asombrado.

—Sí. Está usted metido en un lío bastante gordo. La verdad es que le estamos utilizando como cebo. Por cierto, ¿quiénes son sus amigos?

—Yo soy Rey Soleil —dijo el enano.

—Será un apodo, ¿verdad?

—Es suficiente —puntualizó Rey Soleil.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó el comisario Négre.

—Ella es Emma, psicoanalista de un hospital de París.

—Muy bien. Todos saben del mismo asunto, ¿no es cierto?

—Si ha venido buscando al asesino de Fish, no está aquí.

—Hemos averiguado que está usted metido en un *affaire* de dólares falsificados. No le extrañe descubrir a un agente del FBI pegado a sus talones.

—Vaya, se complica la cosa. Creí que los policías no saltaban las fronteras.

—Cuando nos conviene, sí, para eso está la Interpol. En realidad, la Interpol es una unión de policías, pero al cruzar una frontera no tenemos jurisdicción. Si hace falta arrestarle, tendré que avisar a la policía de este país en que nos hallamos.

—Bien, bien. Entonces, ¿a qué ha venido?

—¿Dónde están los dólares?

—¿Qué dólares? —pregunté.

—Los falsificados. Sabemos que los están utilizando para estafar a los evasores de divisas.

—¿Cómo? No entiendo —confesé.

—Hemos descubierto en qué consiste el negocio de esos dólares falsificados y se lo voy a contar, porque observo que usted no sabe nada. Verá, a través de una empresa «tapadera» ubicada aquí, se cambia dinero indígena por dólares americanos. Esos dólares son luego transportados al extranjero, Suiza, Francia, Alemania, donde son guardados en cajas de seguridad, para disponer de ellos en cuanto se desee. Algunos de estos dólares falsificados se han empleado para comprar oro en lingotes. Esos billetes están tan bien falsificados que incluso los cajeros de Bancos se los tragan, claro que la culpa es de los americanos por tener media docena de fábricas de moneda, cada una de las cuales imprime los billetes con ligerísimas diferencias, pero diferencias al fin y al cabo. La verdad, no sé si los americanos son más listos o más torpes al actuar de esta manera.

—Caramba, ese negocio no se me habría ocurrido... Imprimir dólares falsos para que los evasores de divisas se los lleven al extranjero y crean que tienen fortuna cuando sólo es papel falso. Después de todo, no es mala cosa, pero ¿y el dinero con que se compran esos billetes falsos, los millones que aquí se pagan por esos dólares?

—Ese dinero se lo queda la empresa «tapadera» y a través de ella también se larga a otros países.

—Malo, malo, de todas maneras el dinero se va, lo único que hace es cambiar de manos.

—Pues ha llegado a tiempo, comisario Nègre —le dijo Rey Soleil.

—¿A tiempo? —preguntó, sorprendido.

—Sí, de capturar al tiburón blanco.

—¿Quién es tiburón blanco? —preguntó el policía francés.

—Es el cerebro de toda esta operación que se llama «huevo».

—¿Huevo? Qué singular —opinó Nègre.

—Dentro de poco, atraparemos al tiburón blanco —insistió Rey

Soleil—. El asesinó a Mireya.

—¿Mireya? ¿Ese asesinato se cometió en Francia?

—No, en Francia, no —le corregí.

De forma que nos sorprendió, volvieron a llamar a la puerta. Rey Soleil dijo:

—Quizá sea el tiburón blanco o alguno de sus sicarios. Fui a abrir la puerta y me encontré cara a cara con...

—Tringer.

Pensé que lo mejor era hacerle pasar y enfrentarle al policía. Nada más dar dos pasos hacia el interior, Tringer sacó una pistola.

Rey Soleil tenía la suya a punto, sonó un chasquido metálico y el enano francés sufrió una sacudida. Cayó al suelo con un balazo en el cuerpo.

Era evidente que Tringer no había disparado; él tenía una pistola en la mano, pero no la había disparado.

Volví la cabeza y descubrí a Négre con una pequeña pistola a la que se hallaba adosado un sofisticado silenciador que todavía humeaba ligeramente.

—Usted es tiburón blanco...

Con la pistola en la mano, sonrió levemente. Yo sabía que a mi espalda había otra pistola. Era la de Tringer.

—No me diga que no he hecho bien el papel de comisario francés.

—Sí, supongo que ha leído muchas novelas de George Simenon.

—Ajá. La verdad es que tuve que distorsionar la voz para que no me reconociera por teléfono; después tomé el avión y me planté de París aquí en poquísimo tiempo.

—¿Y cómo ha sabido que estábamos en este apartamento? —pregunté—. ¿Nos ha hecho seguir?

Señaló a Emma y dijo:

—Me lo iba contando todo ella.

Mi rostro debió oscurecerse extraordinariamente. Por la cara que puso la propia Emma, me pareció que se sentía sorprendida.

—De modo que tú les ibas informando...

Emma apretó los labios. No quiso decir nada. Tuve la sensación de que en su vida jamás se había sentido tan avergonzada.

Al fin, consiguió decir:

—Me dijeron que no os harían daño.

—Pues a Rey Soleil le han disparado. Ahora, ¿qué hay que hacer?, ¿dejarlo morir como a un perro?

—He tenido que disparar porque iba a hacerlo él —se disculpó tiburón blanco—. Por cierto, Emma no es psicoanalista. Te vigilamos cuando fuiste ingresado en el hospital. A la salida, ella se te acercó y tú te tragaste el anzuelo. Luego se fue contigo y de esta forma sabíamos dónde estabais en cada momento.

—Vaya, vaya, he hecho el papel del perfecto imbécil —admití—. ¿Y Mireya?

—De Mireya se encargó Cero Cero Siete, es decir, Tringer, que ahora ocupa la dirección de AMIESA.

—¿Y los dólares?

—Están en una imprenta llamada Martínez; son perfectos.

—Supongo que ahora me toca a mí —rezongué sin demasiado optimismo.

—Comprenderá que no puedo dejarle vivo. Sabe demasiado. Ha metido las narices donde no debía. Es evidente que su debilidad son las mujeres, un magnífico cebo para un garañón de su talla.

—¡Canallas! —gritó Emma de pronto, abalanzándose sobre Négre. Lo que hizo fue cubrir el cañón de la pistola con su cuerpo.

—¡No, quieta! —le grité.

Sonó un chasquido metálico y la mujer sufrió una contracción de dolor. Un pequeño plomo se le había alojado en el cuerpo.

Cero Cero Siete me encañonó cuando sonaron varios disparos consecutivos. Desde el suelo, Rey Soleil le llenó la espalda de plomo.

Sin pensar en mi vida, así el cuerpo de Emma que caía.

Rey Soleil disparó contra la cabeza de Négre, alcanzándole por dos veces. Después el propio enano francés dobló su enorme cabeza. Había dejado de sufrir y también había hecho justicia a su mujer amada.

EPÍLOGO

Me dejaron visitarla en el hospital donde se recuperaba felizmente.

Emma me sonrió, yo le cogí la mano y se la estreché con amistad, infundiéndole confianza.

—El abogado me ha dicho que tu arrepentimiento sincero y el arriesgar tu vida para protegerme te ayudarán a quedar en libertad. Quizá tengas que pasar unos meses en la cárcel, pero no será mucho tiempo.

—Los merezco. Estoy avergonzada, pero confieso que no sabía de qué iba. Tiburón blanco me manejaba a mí como había hecho con Mireya.

—Tiburón blanco ha muerto. Gracias a ti se ha terminado este asunto y se ha hecho justicia a la muerte de Mireya. Te esperaré.

—No lo merezco.

—Te esperaré —repetí, y la besé en los labios.

Cuando abandoné la habitación, la mujer policía que custodiaba a Emma, que debía pasar por un proceso, me sonrió.

«La vida está llena de sorpresas», me dije.

Me puse un cigarrillo entre los labios y lo chupé con fuerza.

«He de ganar dinero con mi profesión de periodista; no voy a dejar que Emma viva en un apartamento miserable...».

Y salí a la calle a la búsqueda de un reportaje interesante.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.